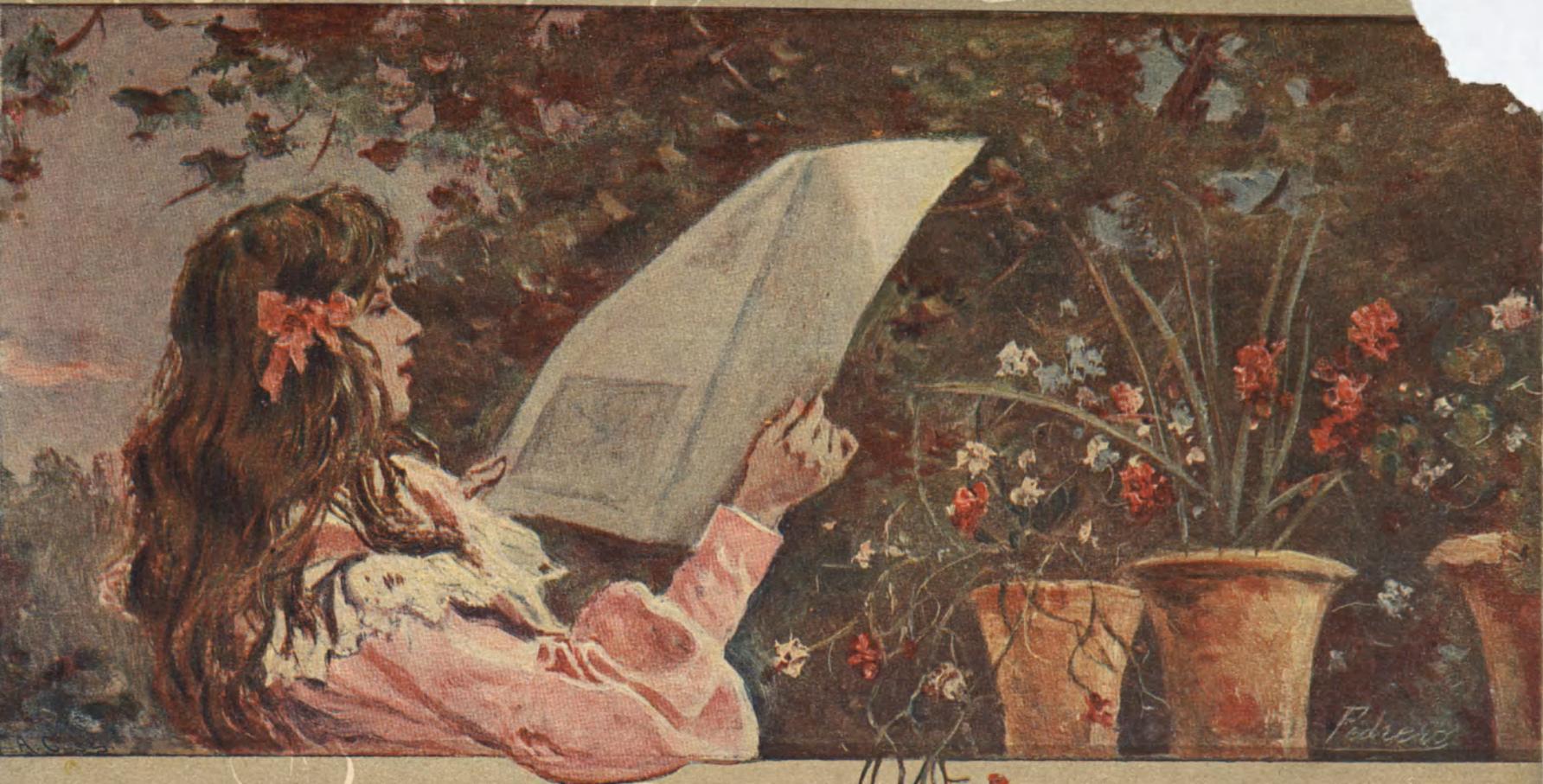


LA ILUSTRACION Española y Americana



1904

ALMANAQUE

para



A. Mateos

40 G

11 MAR 2006

22065

AÑO XLVIII

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18**. — Tres meses, **10**.

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21**. — Tres meses, **11**.

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos

quedando los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XLVII.

MADRID, 8 DE AGOSTO DE 1903.

NÚM. XXIX.



ALMANAQUE

DE

La Ilustración Española y Americana

PARA EL AÑO

1904

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACIÓN
PARA EL AÑO DE
1904

DIRIGIDO Y COMPUESTO

POR

DON ANTONIO GARRIDO

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Acebal (D. Francisco), Alcázar (D. Manuel), Andrade (D. Angel), Anscruya (D. Luis de), Artigues,
Aubert, Aza (D. Vital), Bergey, Blaas, Blasco-Belmonte (D. M. R.), Bretón, Ciarán (D. Alfonso),
Cuepca (D. Carlos Luis de), Dawa, Echeagaray (D. José), Federico (D. Guillermo de), Fernández Bremón (D. José),
Ferrari (D. Emilio), Firk, Garpelo (D. José), Garrido (D. Antonio), Giménez Martíá (D. Juan),
Girardel, González Anaya (D. Salvador), Grosso, Hepseler, Kaemmerer, Kiesel, Larrubiera (D. Alejandro),
Lumbreras (D. J. M.), Mansch, Marchand, Nogales (D. José), Palacio (D. Manuel del),
Palomero (D. Antonio), Pedrero (D. Mariano), Pérez (D. A.), Pérez y González (D. Felipe), Perrault,
Ramos Carrión (D. Miguel), Reipa (D. Manuel), Sánchez Gerona (D. J.),
Sapdoval (D. Manuel de), Santa María (D. Marcellano), Sbarbi (D. José María), Sellés (D. Eugenio),
Sorolla (D. Joaquín), Texidor y Torres (D. M.), Vasari, Villeña (D. Manuel), Wagner, Weis.

AÑO XXXI



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCEORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1903

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

ÍNDICE GENERAL.

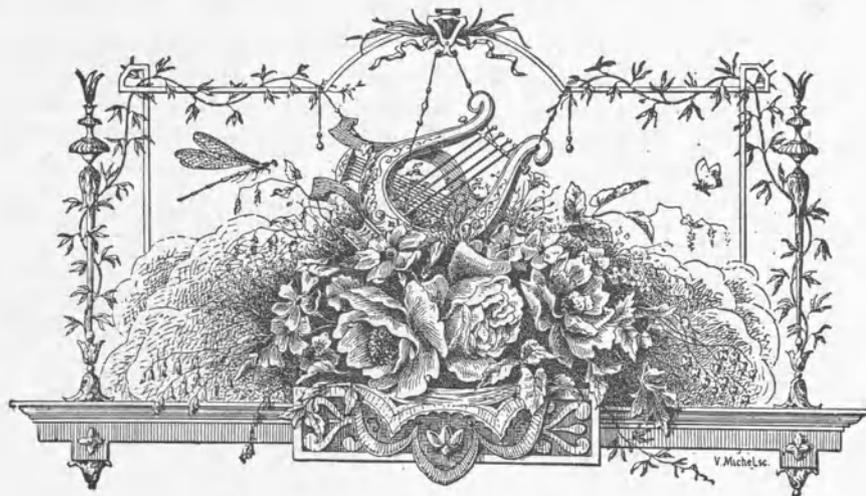
TEXTO.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S. . .	9	Todo un porvenir, por D. Alejandro Larrubiera. . .	55
Anuncios astronómicos, por D. M. V.	9	El cardo, poesía, por D. Manuel del Palacio.	59
Santoral.	11 á 22	Cabeza y brazo, por D. J. Sánchez Gerona.	60
El caballo y el burro, poesía, por D. Vital Aza. . . .	25	Vida universal, poesía, por D. Manuel de Sandoval.	66
Sentimientos y razones, por D. Eugenio Sellés. . . .	27	La niña y el perro, por D. José Echegaray.	68
La juventud de D. Juan, poesía, por D. Manuel Reina.	31	Reminiscencias, poesía, por D. Carlos Luis de Cuenca. . . .	74
La tornada, por D. Francisco Acebal.	33	Pero Grullo, por D. Felipe Pérez y González.	77
Cervantes, poesía, por D. Emilio Ferrari.	37	Las lágrimas, poesía, por D. Luis de Ansoarena. . . .	80
Juan Paremiólogo, por D. José María Sbarbi.	39	El rey de los moriscos, por D. José Nogales.	82
La voz del campanero, poesía, por D. M. R. Blanco-Belmonte.	45	Los rayos Z, por D. José Fernández Bremón.	89
Laureles secos, por D. Miguel Ramos Carrión.	48	Empresas de amor y celos, poesía, por D. S. González Anaya.	93
Canción melancólica, poesía, por D. Antonio Palomero.	54	Dar la mano, por D. Antonio Garrido.	100

GRABADOS.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Ilustraciones del Santoral, por D. Guillermo de Fe-derico.	11 á 22	Curiosidad, cuadro de A. Pérez.	32
La Santa Familia, cuadro de Grosso.	23	Ilustraciones de «La tornada», por D. Mariano Pedrero.	33, 35 y 36
Mamita, feliz año nuevo, cuadro de Wagner.	24	<i>Acceperunt ergo corpus Jesu, et ligaverunt illud linteis cum aromatibus. . . .</i> , cuadro de Aubert.	36
Ilustraciones de «El caballo y el burro», dibujos de D. Manuel Alcázar.	25 y 26	¿Me quiere? ¿No me quiere?, cuadro de Mansch.	38
Hijos del mar, cuadro de Bretón.	30	En familia, cuadro de Girardel.	43
Ilustraciones de «La juventud de D. Juan», dibujos de D. Marceliano Santa María.	31	Música casera, cuadro de Bergen.	44

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Ilustración de «La voz del campanero», dibujo de D. Mariano Pedrero.....	45	Ilustraciones de «La niña y el perro», dibujos de D. Marceliano Santa María.....	68, 69 y 72
El <i>couplet</i> de moda.....	46	La visita á la abuelita, cuadro de Texidor y Torres.....	73
La vuelta de la pesca, cuadro de D. Joaquín Sorolla.....	47	Colegialas, cuadro de Kaemmerer.....	75
Ilustraciones de «Laureles secos», dibujos de don Angel Andrade.....	48, 49 y 51	Paisaje, por A. Fink.....	76
Una gitanilla.....	52	Costumbres andaluzas, cuadro de D. José Garnelo.....	81
Los herradores, cuadro de Andrés Marchand.....	53	Ilustraciones de «El rey de los moriscos», dibujos de D. Juan Giménez Martín..	82, 83, 84, 85, 86 y 87
Ilustraciones de «Todo un porvenir», dibujos de D. Mariano Pedrero.....	55, 56, 57 y 58	Canto, cuadro de Kiesel.....	88
Ilustración de «El cardo», dibujo de D. J. M. Lumbreras.....	59	Barcinando la mies, cuadro de Henserer.....	91
Ilustraciones de «Cabeza y brazo», dibujos de don J. Sánchez Gerona.....	60, 63 y 64	En el campo, cuadro de Perrault.....	92
Vendedora de fruta, cuadro de Blaas.....	65	Edad dichosa, cuadro de Artignes.....	97
El ensayo, cuadro de Vasari.....	67	El mensaje, cuadro de Weis.....	98
		Escenas de la guerra, cuadro de Dawant.....	99
		VIÑETAS VARIAS: 8, 10, 27, 37, 39, 54, 66, 74, 75	77, 79, 80, 89, 93, 100 y 102.



PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Áureo número.	5	Indicción romana.	II
Epacta.	XIII	Letra dominical.	C B
Ciclo solar.	9	Letra del martirologio romano.	n

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	17 de Enero.
La Sacra Familia.	24 de Enero.
Septuagésima.	31 de Enero.
Sexagésima.	7 de Febrero.
Quincuagésima.	14 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	17 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	3 de Abril.
Patrocinio de San José.	24 de Abril.
Letanias.	9, 10 y 11 de Mayo.
Ascensión del Señor.	12 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	22 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	29 de Mayo.
Sanctissimum Corpus Christi.	2 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	12 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	3 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	21 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	2 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	13 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	26.
Adviento.	27 de Novbre.

TÉMPORAS.

I.—El 24, 26 y 27 de Febrero.	III.—El 21, 23 y 24 de Sepbre.
II.—El 25, 27 y 28 de Mayo.	IV.—El 14, 16 y 17 de Dichre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de *Cuaresma*, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de *Adviento*; advirtiéndose que, cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
 La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, Viernes y Sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del *Apóstol Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la *Semana Santa* (30 y 31 de Marzo, y 1 y 2 de Abril).

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma* ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.*

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 11 de Abril, y se cierran respectivamente el 16 de Febrero y el 26 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 31 de Enero; el 23 de Febrero; el 5, 6, 13, 25 y 26 de Marzo; el 6 de Abril, y el 26 y 28 de Mayo.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva correspondientes al año 1904 (bisiesto).

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

LATITUD.	40° 24' 29" 7 N.
LONGITUD.	0 ^h 10 ^m 42 ^s al E. del Observatorio de San Fernando. 0 14 45,1 al O. de Greenwich.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO.

21 de Enero, en <i>Acuuario</i> .	23 de Julio, en <i>Leo</i> .— <i>Cántula</i> .
20 de Febrero, en <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, en <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, en <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre, en <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 de Abril, en <i>Taurus</i> .	23 de Octubre, en <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, en <i>Géminis</i> .	22 de Noviembre, en <i>Sagitario</i> .
21 de Junio, en <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 Dic., en <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 0 horas y 59 minutos.
 ESTÍO.—Entra el 21 de Junio á las 20 horas y 51 minutos.
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 11 horas y 40 minutos.
 INVIERNO.—Entra el 22 de Dichre. á las 6 horas y 14 minutos.

ECLIPSES DE SOL.

MARZO 16. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 14 h. 11,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se

halla en la longitud de 58° 51' al E. de San Fernando, y latitud 12° 59' S.

El eclipse central principia en la Tierra á 15 h. 19,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 43° 4' al E. de San Fernando, y latitud 10° 15' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 17 h. 20,8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 101° 57' al E. de San Fernando, y latitud 6° 21' N.

El eclipse central termina en la Tierra á 19 h. 12,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 163° 18' al E. de San Fernando y latitud 25° 13' N.

El eclipse termina en la Tierra á 20 h. 20,1 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 146° 31' al E. de San Fernando, y latitud 22° 30' N.

Este eclipse será visible en parte de Asia y Africa, en el Océano Indico y en parte del Pacífico.

SEPTIEMBRE 9. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 5 h. 43,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 177° 31' al O. de San Fernando, y latitud 11° 9' N.

El eclipse central principia en la Tierra á 6 h. 33,4 m., tiempo

medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de $169^{\circ} 0'$ al E. de San Fernando, y latitud $7^{\circ} 52'$ N.

El eclipse central á mediodía sucede á 8 h. 21.8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de $128^{\circ} 53'$ al O. de San Fernando, y latitud $4^{\circ} 36'$ S.

El eclipse central termina en la Tierra á 10 h. 0.8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo

ve se halla en la longitud de $63^{\circ} 31'$ al O. de San Fernando, y latitud $26^{\circ} 39'$ S.

El eclipse termina en la Tierra á 10 h. 55.9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de $76^{\circ} 57'$ al O. de San Fernando, y latitud $23^{\circ} 22'$ S.

Este eclipse será visible en parte de la América Meridional y en gran parte del Océano Pacífico.

Horas de tiempo solar medio de Greenwich á que se verifican las fases de la Luna en Madrid el año 1904.

ENERO.	}	Día 3.— 5h 47m, en Cáncer.— Llena.	}	JULIO.	}	Día 5.— 22h 54m, en Aries.— Menguante.
		9.— 21h 10m, en Libra.— Menguante.				13.— 5h 27m, en Cáncer.— Nueva.
		17.— 15h 47m, en Capricornio.— Nueva.				19.— 20h 49m, en Libra.— Creciente.
		25.— 20h 41m, en Tauro.— Creciente.				27.— 9h 42m, en Acuario.— Llena.
FEBRERO.	}	Día 1.— 16h 33m, en Leo.— Llena.	}	AGOSTO.	}	Día 4.— 14h 3m, en Tauro.— Menguante.
		8.— 0h 53m, en Escorpio.— Menguante.				11.— 12h 58m, en Leo.— Nueva.
		16.— 11h 5m, en Acuario.— Nueva.				18.— 4h 27m, en Escorpio.— Creciente.
		24.— 11h 9m, en Géminis.— Creciente.				26.— 1h 2m, en Piscis.— Llena.
MARZO.	}	Día 2.— 2h 48m, en Virgo.— Llena.	}	SEPTIEMBRE	}	Día 3.— 2h 58m, en Géminis.— Menguante.
		9.— 1h 1m, en Sagitario.— Menguante.				9.— 20h 43m, en Virgo.— Nueva.
		17.— 5h 39m, en Piscis.— Nueva.				16.— 15h 13m, en Sagitario.— Creciente.
		24.— 21h 37m, en Cáncer.— Creciente.				24.— 17h 50m, en Aries.— Llena.
ABRIL.	}	31.— 12h 44m, en Libra.— Llena.	}	OCTUBRE.	}	Día 2.— 13h 52m, en Cáncer.— Menguante.
		Día 7.— 17h 53m, en Capricornio.— Menguante.				9.— 5h 25m, en Libra.— Nueva.
		15.— 21h 53m, en Aries.— Nueva.				16.— 5h 54m, en Capricornio.— Creciente.
		23.— 4h 55m, en Leo.— Creciente.				24.— 10h 56m, en Tauro.— Llena.
MAYO.	}	29.— 22h 36m, en Escorpio.— Llena.	}	NOVIEMBRE.	}	31.— 2h 13m, en Leo.— Menguante.
		Día 7.— 11h 50m, en Acuario.— Menguante.				Día 7.— 15h 37m, en Escorpio.— Nueva.
		15.— 10h 53m, en Tauro.— Nueva.				15.— 0h 35m, en Acuario.— Creciente.
		22.— 10h 19m, en Virgo.— Creciente.				23.— 3h 12m, en Géminis.— Llena.
JUNIO.	}	29.— 8h 55m, en Sagitario.— Llena.	}	DICIEMBRE.	}	30.— 7h 33m, en Virgo.— Menguante.
		Día 6.— 5h 53m, en Piscis.— Menguante.				Día 7.— 3h 46m, en Sagitario.— Nueva.
		13.— 21h 10m, en Géminis.— Nueva.				14.— 2h 7m, en Piscis.— Creciente.
		20.— 15h 10m, en Virgo.— Creciente.				22.— 18h 1m, en Cáncer.— Llena.
		27.— 20h 23m, en Capricornio.— Llena.				29.— 15h 46m, en Libra.— Menguante.



ENERO



	L	4 San Fito, obispo, y san Aquilino y compañeros, mrs.		11 San Higinio, papa y mártir, y san Anastasio, monje.		18 La Cátedra de San Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mr.		25 La Conversión de San Pablo, apóstol, y santa Elvira.
	M	5 San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.		12 San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr., y san Martín, canónigo de León.		19 San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.		26 San Policarpo, obispo y mártir, y santa Paula, viuda romana.
	M	6 FIESTA. La Adoración de los Santos Reyes, y san Melanio.		13 San Gumerindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.		20 San Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.		27 San Juan Crisóstomo, obispo y doctor, y san Julián y compañeros, mrs.
J	G. EFIDE- RICO. 1903	7 San Julián, mr., y san Raimundo de Peñafort. <i>Abrense las velaciones.</i>		14 San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola.		21 San Fructuoso, ob., san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen.		28 San Julián, obispo y patrón de Cuenca, y San Valero.
V	1 FIESTA. La Circuncisión del Señor, y san Fulgencio Ruspense, ob.	8 San Luciano, presbítero, y compañeros, mrs.		15 San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.		22 San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mrs.		29 San Francisco de Sales, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.
S	2 La Aparición de Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y san Isidoro, ob. y mr.	9 San Julián, mártir, y su esposa santa Basilisa, y san Pedro, ob.		16 San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.		23 FIESTA. San Ildefonso, arzobispo de Toledo; santa Emerenciana, virgen y mr.		30 San Lesmes, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen.
D	3 San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de París.	10 San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.		17 El Dulcísimo Nombre de Jesús, y san Antón, abad.		24 La Sacra Familia, Nuestra Señora de la Paz y san Timoteo, obispo y mr.		31 de Septuagésima. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced. <i>Anima.</i>

FEBRERO

D

L

M

M

J

V

S

7

de Sexagésima.
San Romualdo, abad,
fundador de los
Camaldulenses,
y san Ricardo.

8

San Juan de Mata,
fundador
de los
Trinitarios.

9

Santa Apolonia,
virgen y mr.;
san Fructuoso, arz.,
y san Sabino,
obispo.

10

Santa Escolástica,
virgen,
y san Guillermo,
duque de Aquitania.

11

San Saturnino,
presbítero,
y los santos Siete
Siervos de María,
fundadores.

12

Santa Eulalia,
virgen y mártir;
santos Modesto,
Damián y Julián,
mártires.

13

San Benigno, mr.,
y santa
Catalina de Ricci,
virgen.

14

de Quincuagésima.
San Valentín,
y el beato
Juan Bautista
de la Concepción.

15

San Faustino
y santa Jovita,
hermanos, mrs.,
y san Saturnino, mr.

16

San Julián
y 5.000 compañeros
mártires.
*Ciérranse
las relaciones.*

17

de Ceniza.
San Julián
de Capadocia, mr.
*Principia el
ayuno de Cuaresma.*

18

San Eladio,
arz. de Toledo;
San Simeón,
obispo y mártir,
y san Teotonio, cf.

19

San Gabino,
presbítero y mr.,
y san
Álvaro de Córdoba.

20

San León,
san Eleuterio
y san Nemesio,
obispos.

21

I de Cuaresma.
San Félix
y san Maximiano,
obispos.

22

La Catedral
de San Pedro
en Antioquia,
y san Pascasio,
obispo.

23

San Pedro Damiano,
santa Marta
y santa Margarita
de Cortona.
Ánima.

24

Santa Primitiva,
mártir;
san Pretextato, ob.,
y san Edilberto.
Témpora.—Ayuno.

25

San Matías, apostol.;
san Cesáreo, cf.,
y el
beato Sebastián
de Aparicio.

26

San Modesto
y san Faustiniano,
obispos.
Témpora.—Ayuno.

27

San Alejandro,
confesor.
*Témpora.—Ayuno.
Órdenes.*

28

II de Cuaresma.
San Baldomero,
confesor,
y san Fortunato,
mártir.

29

San Román, abad,
y los santos
Macario, Rufino,
Justo y Teófilo,
compañeros, mrs.

MARZO

D

6

III de Cuaresma.
Santos Víctor
y Victoriano, mrs.
Anima.

13

IV de Cuaresma.
San Leandro,
san Rodrigo
y san Salomón, mrs.
Anima.

20

de Pasión.
San Niceto, obispo,
y santa Eufemia,
mártir.

27

de Ramos.
San Ruperto, ob.,
y san Juan,
ermitaño.

L

7

Santo Tomás
de Aquino,
confesor y doctor,
y santas Perpetua
y Felicitas, mrs.

14

Santa Matilde,
reina,
y santa Florentina,
virgenes,
y san León, ob.

21

San Benito,
abad y fundador,
y santa Fabiola,
penitente.

28

santo.
San Sixto III,
papa y confesor,
y san Cástor
y san Doroteo, mrs.

M

1

El santo Ángel
de la Guarda,
y san Rosendo,
obispo.

8

San Juan de Dios,
fundador;
san Julián, arzobispo
de Toledo, y san
Veremundo, abad.

15

San Raimundo,
abad,
fundador
de la Orden
de Calatrava.

22

San Deogracias,
y san Bienvenido,
obispos,
y santa Basilsa,
virgen.

29

santo.
San Eustasio, abad,
y san Cirilo,
diácono y mártir.

M

2

Santos Lucio,
Pablo y Heraclio,
obispos y mrs.
y san Simplicio.

9

Santa Francisca,
viuda romana;
san Paciano, obispo,
y santa Catalina
de Bolonia, virgen.

16

San Julián
de Anazarbo, mr.;
san Agapito,
y san Hilario,
obispos.

23

San Victoriano
y compañeros mrs.
y el beato
José Oriol,
presbítero.

30

santo.
San Juan Clímaco,
abad.
*(Abstinencia
de carne.)*

J

3

Stos. Emeterio
y Celedonio, mrs.,
patrones
de Calahorra.

10

Santos Melitón,
y 39 compañeros,
mártires
en Sebaste.

17

San Patricio,
obispo y confesor,
y san
José de Arimatea,
confesor.

24

San Agapito;
los beatos
José María Tomasi
y
Diego José de Cádiz.

31

santo.
Santa Balbina,
virgen.
*(Abstinencia
de carne.)*

V

4

San Casimiro,
príncipe de Polonia,
y san Lucio,
papa y mártir.

11

San Eulogio,
presbítero,
y San Vicente,
abad, mártires.

18

San Gabriel,
arcángel,
y el beato
Salvador de Horta.

25

FIESTA.
La Anunciación
de
Nuestra Señora.
Anima.

S

5

San Eusebio
y compañeros, mrs.,
y san Teófilo, ob.
Anima.

12

San Gregorio
Magno,
papa y doctor,
y san Bernardo,
obispo.

19

FIESTA.
San José,
esposo
de Nuestra Señora.
Órdenes.

26

San Braulio,
obispo de Zaragoza,
y santa Eugenia,
virgen y mártir.
Anima.

J
V
S
D
L
M
M

7

San Epifanio,
obispo,
y san Ciriaco,
mártires.

14

San Tiburcio,
san Valeriano,
y san Máximo,
mártires.

21

San Anselmo,
obispo y doctor,
y San Simeón,
obispo.

28

San Prudencio, ob.,
san Vidal, mr.,
y san
Pablo de la Cruz,
fundador.

1

santo.
San Venancio,
obispo y mártir,
(*Abstinencia
de carne.*)

8

San Dionisio,
obispo,
y el beato Julián
de San Agustín.

15

Santa Basilisa,
santa Elena,
y santa Anastasia,
mártires.

22

San Sotero
y san Cayo,
papas y mártires,
y san León,
obispo y confesor.

29

San Pedro
de Verona, mr.,
san Paulino
y san Roberto,
abad.

2

santo.
San Francisco
de Paula
(*Abst. de carne.*)
Órdenes.

9

Santa María Cleofé,
y santa Casilda,
virgen,
princesa
de Toledo.

16

Santa Engracia,
virgen,
y 18 compañeros,
mártires
de Zaragoza.

23

San Jorge, mr.,
san Fortunato
y san Aquiles,
diáconos
y mártires.

30

Santa Catalina
de Sena;
santos Amador,
Pedro y Luis,
mrs. de Córdoba.

3

de Resurrección.
Santos Pancracio,
obispo,
Ulpiano, mr.,
y Benito de Palermo.

10

de Cuasimodo
ó in Albis.
San Daniel,
y san Ezequiel,
profetas.

17

San Aniceto,
papa y mártir,
y la beata
María Ana de Jesús.

24

El Patrocinio
de San José,
y san Gregorio,
obispo.

4

San Isidoro,
arz. de Sevilla,
doctor de la Iglesia,
y san Plácido,
obispo.

11

San León Magno,
papa y doctor.
*Abrense
las velaciones.*

18

San Eleuterio, ob.,
y san Perfecto,
mártires,
y el beato
Andrés Ilibernón.

25

San Marcos,
evangelista,
y san Aniano,
obispo.
Lecturas mayores.

5

San Vicente Ferrer,
patrón
de Valencia,
y la beata Juliana,
virgen.

12

San Victor,
mártir,
y san Zenón,
obispo.

19

San Vicente
de Colibre,
y san Hermógenes
mártires.

26

San Cleto
y san Marcelino,
papas y mártires,
y la Traslación
de santa Leocadia.

6

San Celestino,
papa y mártir,
y san Celso,
obispo.
Anima.

13

San Hermenegildo,
rey de Sevilla,
mártir,
y san Carpio, ob.

20

Santa Inés
de Monte Pulciano,
virgen,
y san Marcelino,
obispo.

27

San Anastasio,
papa y mr.,
y santo Toribio
de Mogrovejo,
arzobispo de Lima.

A
B
R
I
L

JUNIO

L
M

6

San Norberto, arz. y fundador de la Orden premonstratense.

13

San Antonio de Padua, y san Fandila, presbítero.

20

San Silverio, papa y mártir; santa Florentina, y el beato Baltasar de Torres.

27

San Zoilo, mártir; san Ladislao, rey de Hungría, y san Juan, pbro.

7

San Pedro y compañeros mártires, monjes de Córdoba.

14

Nuestra Señora de la Gloria, y san Basilio, ob. y doctor.

21

San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo.

28

San León II, papa, y san Argimiro, mártir — (*Ayuno con abstinencia de carne.*)

M

1

San Segundo, obispo, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala.

8

San Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.

15

San Vito; san Modesto, santa Crescencia, y santa Benilde, mártires.

22

San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.

29

FIESTA.
San Pedro y san Pablo, apóstoles, y san Siro, obispo.

2

FIESTA.
Sanctissimum Corpus Christi, y san Juan de Ortega.

9

San Primo y san Feliciano, hermanos, mártires, y santa Pelagia, virgen y mártir.

16

San Juan Francisco Regis; san Quirico y santa Julita, mártires.

23

San Juan, presbítero y mártir, y santa Agripina, virgen y mártir.

30

La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial.

J

3

San Isaac, mártir; el beato Juan Grande, conf., y san Claudio, mártir.

10

El Sacratísimo Corazón de Jesús, y santa Margarita, reina de Escocia.

17

San Manuel y compañeros, mártires, y santa Teresa, reina de León.

24

La Natividad de San Juan Bautista, y san Fermín, mártir.

V

4

San Francisco Caracciolo, fund., y los santos Arcio y Daciano, mártires.

11

San Bernabé, apóstol, y santa Adelina, virgen.

18

San Marcos, y san Marcelino; san Ciriaco, y santa Paula, mártires.

25

San Guillermo, abad; san Eloy, obispo, y san Antidio, mártir.

S

5

San Bonifacio, obispo y mártir, y san Marciano, mártir.

12

El Purísimo Corazón de María, y san Juan de Sahagún.

19

Santa Juliana de Falconeri, virg., y los santos Gervasio, Protasio y Lamberto, mrs.

26

Santos Juan y Pablo, hermanos; san Pelayo y san Superio, mártires.

D



Julio

	4 San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono.	11 San Pío I, papa y mártir, y santa Verónica de Julianis, virgen.	18 Santa Sinfarosa y sus siete hijos; san Federico, ob., y santa Marina, mártires.	25 FIESTA. Santiago, apóstol, patrón de España. Santa Valentina.
	5 Santos Cirilo y Metodio, obispos, y santa Filomena, virgen.	12 San Juan Gualberto, abad, y santa Marciana, virgen y mr.	19 San Vicente de Paul, fundador del Instituto de las Hijas de la Caridad.	26 Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María.
	6 Santa Lucía, mr., y los santos Rómulo y Paladio, obispos.	13 San Anacleto, papa y mártir, y santa Sara, virgen.	20 San Elías, profeta; san Jerónimo Emiliano, fund., y santas Librada y Margarita.	27 San Pantaleón y san Cucufate, mrs.; santas Juliana y Semproniana, vírgenes y mártires.
	7 San Fermín, obispo y mártir; san Odón, obispo, y san Lorenzo de Brindis.	14 San Buenaventura, obispo y doctor, y santa Adela, viuda.	21 Santa Práxedes, virgen, y los santos Alejandro, Feliciano y Longinos, mrs.	28 Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mártires, y san Inocencio, papa.

	1 San Casto y san Secundino, mártires, y santa Leonor, viuda.	8 Santa Isabel, reina de Portugal; san Aquilo, y san Procopio, mártires.	15 San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes, y san Enrique.	22 Santa María Magdalena, penitente; san Teófilo y san Platón, mrs.	29 Santa Marta, vg., y los santos Félix II, papa; Simplicio, Faustino y Beatriz.
	2 La Visitación de Nuestra Señora; san Otón, ob., y santa Sinfarosa, mártir.	9 San Cirilo, obispo y mártir; san Zenón y san Alejandro, mártires.	16 Nuestra Señora del Carmen; el triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando.	23 San Apolinar; san Liborio, ob., y los stos. hermanos Bernardo, María y Gracia, mrs.	30 San Abdón, san Senén, y san Teodomiro, mártires.
	3 La Preciosísima Sangre de N. S. J. C., y san Trifón y compañeros, mrs.	10 Santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, vírgenes y mrs.	17 San Alejo, confesor; san Jacinto, y santas Marcelina y Generosa, mártires.	24 Santa Cristina, virgen y mártir, y san Francisco Solano. <i>Ayuno.</i>	31 San Ignacio de Loyola, conf., fundador de la Compañía de Jesús.

AGOSTO

D		7 San Cayetano, fundador de los Teatinos, y san Alberto de Sicilia.	14 San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono y mártir.	21 San Joaquín, esposo de Sta. Ana y padre de Nuestra Señora.	28 San Agustín, obispo y doctor, y san Hermes, mártir.
L	1 San Pedro Advíncula; los santos hermanos Macabeos, y san Félix, mrs.	8 San Ciriaco, san Largo, y san Esmaragdo, mártires.	15 FIESTA. La Asunción de Nuestra Señora, y san Alpío, ob.	22 San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sisinario, mártires.	29 La Degollación de san Juan Bautista, y santa Sabina, mártir.
M	2 Nuestra Señora de los Ángeles. Jubileo de la Porciúncula.	9 Santos Román, Secundiano, Firmo, Rústico y Marceliano, mártires.	16 San Roque y san Jacinto, cfs., y el beato Juan de Sta. Marta, mártir.	23 San Felipe Benicio, confesor, y los Stos. Cristóbal y Leovigildo, mrs. de Córdoba.	30 Santa Rosa de Lima, virgen, y santos Félix y Adaneto.
M	3 La invención del cuerpo de san Esteban, protomártir.	10 San Lorenzo, diácono y mártir, y santa Filomena, virgen y mártir.	17 San Pablo y santa Juliana, hermanos.	24 San Bartolomé, apóstol, y santos Tolomeo y Ronán, obispos y mártires.	31 San Ramón Nonnato, cardenal, y santo Domingo de Val, mártir.
J	4 Santo Domingo de Guzmán, confesor, fundador del Orden de Predicadores.	11 San Tiburcio y Sta. Susana, virgen, mártires.	18 San Agapito, mr., santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco.	25 San Luis, rey de Francia, y san Ginés de Arlés.	
A	5 Nuestra Señora de las Nieves, y san Abel ó Abelardo.	12 Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.	19 San Luis, obispo, y el beato Pedro de Zúñiga, mártir.	26 San Ceferino, papa, y san Víctor, presbítero, mártires.	
S	6 La Transfiguración de Nuestro Señor; Stos. niños mártires Justo y Pastor.	13 Santos Hipólito, Casiano, Centole y Elena, mrs. Ayuno. (Abst.º de carne.)	20 San Bernardo, abad y doctor; santos Leovigildo, Luis y Severo, mártires.	27 San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, y san Rufo, ob.	



L	有人間 月地 中人	5	San Lorenzo Justiniano, obispo, y santa Obdulia, virgen y mártir.	12	San Leoncio y compañeros, y san Vicente, abad.	19	San Jenaro, ob., y compañeros mrs.: santa Pomposa, y el beato Alonso de Orozco.	26	San Cipriano, santa Justina, vg., y san Crescencio, mártires.
用	天制 雞水 刑平	6	San Eugenio y compañeros, mrs., san Eleuterio, abad, y san Zacarías.	13	Santos Felipe, Ligorio, Julián y compañeros, mrs., y san Eulogio, abad y confesor.	20	San Eustaquio y compañeros, mrs., san Rogelio, santas Cándida y Susana, mártires.	27	Santos Cosme y Damián, hermanos, Adolfo y Juan, todos mártires.
用	天洞 夜水 夜口	7	Santa Regina, virgen y mártir; san Juan y san Anastasio, mártires.	14	La Exaltación de la Santa Cruz; santa Rómula, mr., y santa Catalina, viuda.	21	San Mateo, apóstol y evangelista, y san Alejandro, obispo. <i>Témpora.—Ayuno.</i>	28	San Wenceslao, duque de Bohemia, y el beato Simón de Rojas, confesor.
丁	1	8	FIESTA. La Natividad de Nuestra Señora, y san Adrián.	15	San Nicomedes, presbítero y mártir, y san Jeremías, mártir de Córdoba.	22	San Mauricio y compañeros, mrs.; san Florencio, y san Santino, obispos.	29	La Dedicación de san Miguel arcángel, y san Fraterno, mártir.
乙	2	9	San Gorgonio, mr.: santa María de la Cabeza, y san Gregorio de Oset.	16	San Cornelio, papa y mártir, santos Cipriano, Rogelio y Servideo, mártires.	23	San Lino, papa, y santa Tecla, vg., mártires. <i>Témpora.—Ayuno.</i>	30	San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofía, viuda.
三	3	10	San Nicolás de Tolentino; san Pedro, obispo, y santa Pulqueria, virgen.	17	La Impresión de las llagas de San Francisco de Asís; san Pedro Arbués.	24	Nuestra Señora de las Mercedes. <i>Témpora.—Ayuno. Órdenes.</i>	桃 三 源	
四	4	11	El Dulce Nombre de María, y san Proto, y san Jacinto, hermanos mártires.	18	Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, y santo Tomás de Villanueva.	25	San Lope, ob.; san Formerio, mr., y el santo niño Cristóbal de La Guardia, mr.	五 之 Fe de ri co	

Septiembre

OCTUBRE

J

6

San Bruno, fundador de los Cartujos, y santa Fe, mártir.

13

San Eduardo, rey de Inglaterra; san Fausto, san Jenaro, y san Marcial, mrs.

20

San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mártir.

27

San Vicente; santa Sabina y santa Cristeta, hermanos. mártires.

V

7

San Marcos, papa, y san Sergio y compañeros, mrs.

14

San Calixto, papa y mártir, y santa Fortunata, virgen y mártir.

21

San Hilarión, abad, y santa Úrsula y compañeras, vírgenes y mártires.

28

San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.

S

1

El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.

8

Santa Brígida, viuda y fundadora, y san Demetrio, mártir.

15

Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora; san Bruno, obispo.

22

Santa Salomé, viuda, y san Veremundo, obispo.

29

San Narciso, ob., y san Marcelo Centurión, mártires.

D

2

Nuestra Señora del Rosario; los santos Ángeles Custodios, y san Olegario.

9

San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleuterio, mrs.

16

San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.

23

San Pedro Pascual, obispo y mártir, y san Juan Capistrano.

30

Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victorico, mártires.

L

3

San Cándido, mártir, y san Gerardo, abad.

10

Santos Francisco de Borja, y Luis Beltrán, confesores.

17

Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.

24

San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, obispo.

31

San Quintín; la Conmemoración de la Batalla del Salado. *Ayuno*

M

4

San Francisco de Asís, fundador del Orden de los Menores.

11

San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.

18

San Lucas, evangelista; san Justo, mártir, y san Julián, ermitaño.

25

San Crisanto y santa Daría, y san Frutos, confesor, patrón de Segovia.

M

5

San Plácido y compañeros, mrs., y los santos Froilán y Atilano, obispos.

12

Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano.

19

San Pedro de Alcántara, confesor, patrón de Coria.

26

San Eváristo, papa y mártir; santos Luciano, Marciano, y Valentín, mrs.



NOVIEMBRE

J	3 Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, obispo.	10 San Andrés Avelino, y los santos mrs. Trifón, Respicio y Ninfa, vg.	17 San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mártires.	24 San Juan de la Cruz; san Crisógono, mártir, y santas Flora y María, vírgenes.
V	4 San Carlos Borromeo, arz.; San Vidal, y san Agrícola, mártires.	11 San Martín, obispo, san Menas, y san Valentín, mártires.	18 San Román, mártir; san Máximo, obispo, y san Odón, abad.	25 Santa Catalina, virgen y mártir; san Moisés y san Erasmo, mártires.
S	5 San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	12 San Martín, papa y mártir; san Diego de Alcalá, y san Millán, presbítero.	19 Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.	26 San Pedro Alejandrino, obispo y mártir. <i>Ciérranse las velaciones.</i>

D	6 San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	13 El Patrocinio de Nuestra Señora; san Eugenio III, y san Estanislao de Kostka.	20 San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	27 I de Adviento. Santos Facundo, y Primitivo, hermanos, mrs.
L	7 San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.	14 San Serapio, mártir, y los santos Lorenzo y Rufo, obispos.	21 La Presentación de Nuestra Señora; san Rufo y san Esteban, mártires.	28 San Gregorio III, papa, y san Esteban, mártir.

M	1 FIESTA. La Festividad de Todos los Santos. San Cesáreo.	8 San Severo, san Severiano, san Carpóforo y san Victorino, hermanos, mártires.	15 San Leopoldo, confesor, y santa Gertrudis, virgen.	22 Santa Cecilia, virgen y mártir, san Filemón y san Mauro, mrs.	29 San Saturnino, obispo y mártir; san Filomeno y san Demetrio, mártires.
M	2 La Commeración de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquia, virgen y mr.	9 La Dedicación de la Basílica del Salvador, y san Teodoro, mártir.	16 San Eugenio I; san Rufino y compañeros mrs., y santa Inés de Asís, virgen.	23 San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mrs.	30 San Andrés, ap.; san Cástulo, mártir; san Tróyan, ob.; san Constancio, y san Zósimo, cfs

DICEMBRE



D

4

II de Adviento.
Santa Bárbara,
virgen y mártir,
y el beato
Francisco Gálvez.

11

III de Adviento.
San Dámaso,
papa,
y san Sabino, ob.

18

IV de Adviento.
La Expectación
de Nuestra Señora,
vulgo
La Virgen de la O.

25

La Natividad
de
Nuestro Señor
Jesucristo,
y santa Anastasia.

L

5

San
Sabas, abad,
y san Anastasio,
mártir.

12

Nuestra Señora
de Guadalupe,
de Méjico;
san Hermógenes,
y san Donato.

19

Santos Nemesio,
Darío y Pablo, mrs.,
san Urbano V,
papa,
y san Gregorio, ob.

26

San Esteban,
proto-mártir;
san Marino, mártir,
y san Dionisio,
papa y mártir.

M

6

San
Nicolás de Bari,
arzobispo de Mira,
y san Bonifacio,
mártir.

13

Santa Lucía,
virgen y mártir,
y el beato
Juan de Marinoni,
confesor.

20

Santo
Domingo de Silos,
abad;
santos Liberato,
Julio y Macario, mrs.

27

San Juan,
apóstol y evang.;
san Máximo, obispo,
y san Teodoro,
confesor.

M

7

San Ambrosio,
obispo y doctor;
san Urbano, obispo,
y san Martín,
abad.

14

San Nicasio,
obispo y mártir;
san Espiridión
y san Pompeyo, obs.
Témpora. - Ayuno.

21

Santo Tomás,
apóstol;
san Anastasio,
obispo y mártir,
y san Glícerio.

28

Los
santos Inocentes,
mártires,
y santa Teófila.

J

1

Santa Natalia,
viuda;
san Lucio
y san Casiano,
mártires.

8

FIESTA.
La Inmaculada
Concepción
de
Nuestra Señora.

15

San
Eusebio de Verceli,
obispo y mártir,
y san Valerio,
obispo.

22

San Demetrio,
san Honorato
y san Zenón,
mártires.

29

Santo Tomás
Cantuariense,
obispo y mártir,
y san David,
rey y profeta.

V

2

Santa Bibiana,
virgen y mártir,
y san
Pedro Crisólogo.
Ayuno.

9

Santa Leocadia,
virgen y mártir,
patrona de Toledo.
Ayuno.

16

San Valentín
y compañeros,
mártires.
Témpora. - Ayuno.

23

Santa Victoria,
virgen y mártir,
y el beato
Nicolás Factor.

30

San Sabino
y san Marcelo,
mártires,
y san Eugenio,
obispo.

S

3

San
Francisco Javier,
confesor,
y santa Hilária, mr.
Ayuno.

10

La Traslación
de la santa
Casa de Loreto,
y san Melquiades.
Ayuno.

17

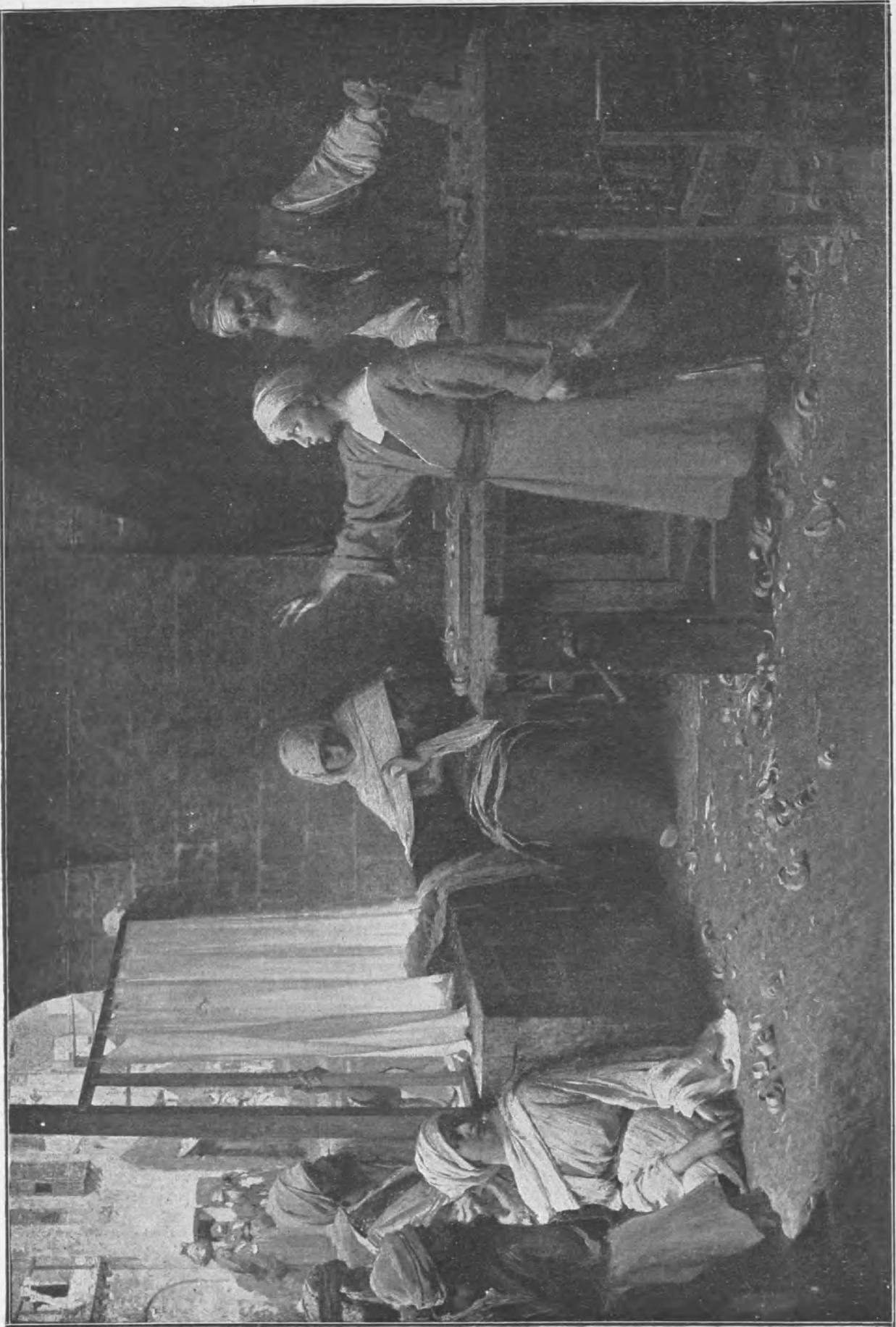
San Lázaro;
san Franco de Sena,
y santa Olimpia.
Témpora. - Ayuno.
Órdenes.

24

San Gregorio,
presbítero y mártir.
Ayuno
con abstinencia
de carne.

31

San Silvestre,
papa y confesor,
y santa Melania,
viuda.



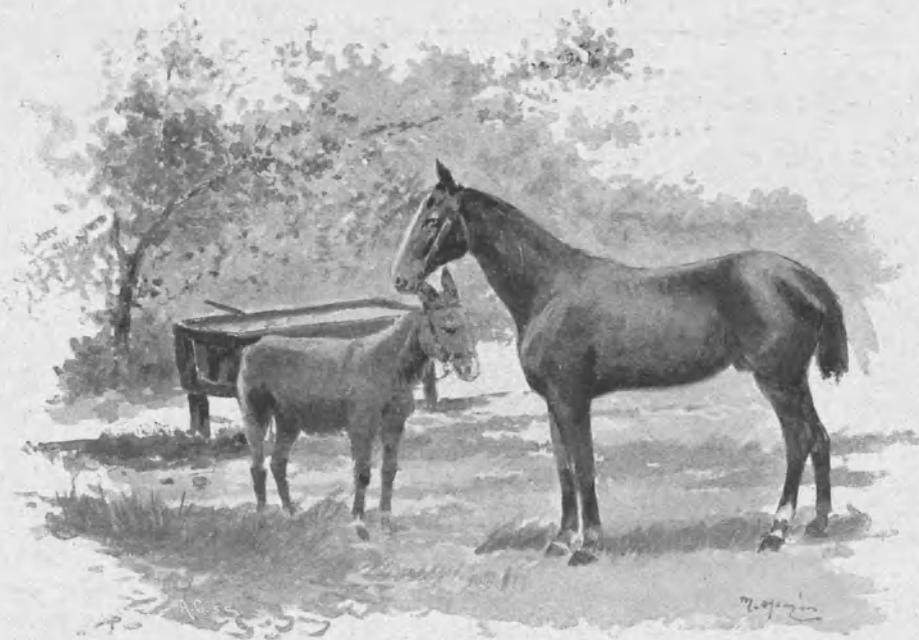
LA SANTA FAMILIA.

Cuadro de Grosso.



MAMITA, FELIZ AÑO NUEVO.

Cuadro de Wagner.



El caballo y el burro.

(NO ES FÁBULA, PERO PODRÍA SERLO.)

Cerca del abrevadero
De la fuente del Otero,
Dialogaban, hace un mes,
El caballo del Marqués
Y el burro del molinero.

— ¡Qué gordo y lucido estás!
(Dijo con sorna el jumento.)

— Me engorda el aburrimiento.

— Me choca.

— ¡Pues ahí verás!

— ¿Trabajas poco?

— Muy poco.

Llevo ya esta temporada
Sin una sola *enganchada*.

— ¿Y eso te aburre? ¡Estás loco!

Me explicara esa mohina

El exceso de trabajo,

Corriendo arriba y abajo

Amarrado á la berlina;

Pero por no trabajar

Aburrirse, ¡no lo creo!

— Me disgusto porque veo

Que me van á licenciar.

Ya ni me miran mis amos,

Y el cochero me abandona.

¡Como han comprado en Bayona

Un automóvil!

— ¡Ah, vamos!

— Te explicarás mi temor.

— Ya pagarán su manía.

Verás cómo el mejor día

Se revienta tu señor.

— Ya se ha dislocado un brazo,

Y la Marquesa se ha herido.

En dos meses han sufrido

Tres vuelcos y un topetazo.

Pero ¡quíá! ¡Si son de acero

Y no se arredran por nada!

— ¿Y en toda esta temporada

Qué se hace Antonio el cochero?

— Pues el pobre ¿qué ha de hacer?

Viste de hule todo el día,

Y en vez de Antonio García

Hoy es *Antuán le chofer*.

— ¡Chifladura más completa!

¿Quién conoce á *monsiú Antuán*?
 ¡Claro! ¡Como siempre van
 Disfrazados con careta!
 ¡Cuánto más bonita es
 La librea, qué demonio!
 — Pues van con máscara Antonio,
 La Marquesa y el Marqués.
 Sólo hablan ya del *Panar*
 (Creo que se llama así),
 Y andan de aquí para allí
 Escapados sin cesar.
 La peor es la señora.
 ¡Si corren que es un horror!
 Ayer, según el señor,
 En poco más de una hora
 Fueron de aquí al Sardinero.
 ¡Doce leguas!

— ¡Quiá! ¡No cuela!
 Que se lo cuente á su abuela
 El grandísimo embustero.
 — Como el *Panar* tiene al fin
 Diez caballos...

— ¿Estás loco?
 ¿Los has visto? Yo tampoco.
 ¿Diez caballos? ¡Ni un rocín!
 Lo que tiene ese *Panar*,
 Según yo vi, es un vapor
 Que despide un mal olor
 Que no se puede aguantar.
 Y en cuanto á fuerza, me atrevo
 A luchar con él.

— ¿Sí, eh?
 ¡Qué burro eres!
 — Ya lo sé.
 No me dices nada nuevo.
 Y lo que tú no sabrás
 Es que un día, cuesta arriba,
 Hasta la Marquesa iba
 Empujando por detrás.
 — ¡Vamos! No seas burlón.
 Yo me resigno y me aguanto,
 Pues respeto el adelanto
 De la civilización.
 ¡Es un gran invento!

— ¿Sí?
 Pues ayer, á media noche,
 Vine yo arrastrando el coche
 Ó automóvil hasta aquí.
 — ¿Qué me cuentas?

— ¡Sí, señor!
 Se rompió no sé qué tuerca.
 Yo andaba por allí cerca
 Y les hice ese favor.
 — ¿Conque tú...?

— Lo que te cuento.
 ¡Bien lloraba tu señora!
 A ver si me hablas ahora
 De lo que vale ese invento.
 Si no es un pobre pollino
 A la intemperie se hospedan,
 ¡Y con su *Panar* se quedan
 A dormir en el camino!

VITAL AZA.





SENTIMIENTOS Y RAZONES.

¡Pobre Mimi! Tenía quince años. ¡Qué hermosa edad y qué hermosa niña!

Y siendo hermosa, inteligente y buena, ¡qué bellas esperanzas le ofrecía la vida!

Pues aquellas esperanzas, aquella hermosura, aquella inteligencia, aquel alma cultivada como las flores de lujo para adorno de los salones, aquel cuerpecito cuidado como estatua de alabastro para gala de un museo, todo cayó para siempre en cinco días de mortal dolencia, en cinco noches de febril angustia, en unas horas de fatigosa agonía.

¡Crueles amores los amores de la muerte! Los ángeles aman á sus elegidos para guardarlos; los hombres aman á sus adoradas para respetarlas; la muerte ama á sus escogidos para devorarlos; sus besos muerden, y sus abrazos ahogan.

¿Por qué se llevará á los que todavía no han vivido? Córtense las rosas que han abierto y esparcido ya su simiente por la tierra; pero es bárbaro despojo el de matar de un golpe muchas generaciones, y además la raíz de la planta. Eso hizo la muerte: al matar á la niña, mató á la mujer y mató á su madre, dejándole, para mayor crueldad, un alma muerta en un cuerpo vivo.

* * *

Cuando murió Mimi, su madre no lloró. Quedóse de pie junto al lecho, con la mirada fija, la cabeza inmóvil, las manos en cruz, la figura rígida, impassible como si á ella hubiera pasado la insensibilidad del cadáver de su hija.

El dolor tomó la forma magna, la expresión

más terrible de los dolores que, no cabiendo en el corazón humano, se extienden al cerebro: la locura. Y la locura tomó á su vez la dirección más peligrosa: la del suicidio.

No era su demencia la furia descompuesta que grita, acomete y maltrata; no era tampoco la demencia opaca que embrutece el entendimiento y le priva de relación con el mundo externo; era la locura serena, dulce, diáfana, que no oscurece el discernimiento ni apaga el discurso, sino que lo tuerce suavemente, llevándole á buscar en un mal el bien único y el consuelo definitivo.

— La muerte — decía la desventurada — se ha llevado á mi amor, á mi compañerita; quiero ir con la muerte para estar con mi hija. Y si la muerte no viene por mí, yo iré á ella.

Y decidió suicidarse sin ocultar á nadie su propósito, sin desesperaciones borrascosas, sin quejas de la suerte, sin exaltación del dolor, como si se tratara del paso más natural y propio de las circunstancias.

Esta indiscreción de la locura, le salvó la vida. Sus parientes y amigos ejercieron cerca de ella una vigilancia constante, con la cual estorbaron las primeras tentativas de suicidio. Pero persuadidos de que una vez ú otra habría de realizarlo, y como su estado no fuera tal que se le pudiese encerrar en el manicomio, resolvieron acudir á tratamientos suaves. La reflexión la vencería; la razón llama á la razón.

¿Para qué sirve el entendimiento si no se hace entender de los que lo tienen perturbado? ¿Qué vale la elocuencia si no convence á los rebeldes?

¿Qué es la ciencia si no sabe iluminar los cerebros apagados?

Y fueron traídos dos doctores de talento famoso y venerados como infalibles, para que dieran cima á aquella labor intelectual que los modestos parientes y amigos se creían incapaces de emprender, y menos de acabar con felicidad.

* *

Un sacerdote de tanta doctrina como práctica en su ministerio espiritual, doctor de almas, fué el llamado primeramente á consolar aquella aflicción y volver al camino derecho á la extraviada Dolores, que éste era el nombre de la madre de Mimí.

—Hija mía—le dijo con dulce gravedad;—Dios nuestro Señor pone en la tierra al hombre para llevárselo cuando plazca á su soberana voluntad. Nadie se substraerá al cumplimiento de ese decreto inmutable como todos los de la sabia Providencia.

—Lo sé, padre, lo sé. Tanto lo sé, que, lejos de sustraerme, quiero cumplir ya lo ordenado para los mortales.

—Eso que le parece obediencia es rebeldía y desacato. Sólo á Dios toca señalar nuestra hora final, y tanto le desobedece quien quiere dilatarla, como quien quiere anticiparla.

—¿Pues por qué ha anticipado la muerte de mi hija? ¡Era tan joven! Y Dios cría á los niños para la vida.

—No podemos pedirle cuenta de sus altos designios. Él puede pedirnoslas á nosotros, porque somos sus siervos; Él es criador omnipotente, matador irresponsable; nosotros somos barro ruin, criaturas imperfectas.

—¿Imperfectas, siendo obra de Dios? No, padre, no; le ofende usted más que yo. Mi hija sí parecía obra suya. ¡Era tan hermosa!

—Pues por eso quiere sacar pronto de este valle de lágrimas á sus predilectos. Sólo Él sabe los pesares y las miserias que le ha evitado. Sólo Él conoce la gloria y la felicidad á que la ha ascendido. Sólo Él discierne lo que conviene más á sus hijos. Cuando los mata los mejora. ¿Nos desesperaríamos porque nos transportaran desde un estable asqueroso á un paraíso eterno? En vez de quejas, alabanzas y gracias hay que dirigir á Dios cuando se nos lleva un sér bien amado. Con alegrías y cánticos hay que rodear su sepulcro,

puerta del cielo, en vez de cubrirlo de lágrimas que son señales de poca fe y de menosprecio á la otra vida mejor. Debemos desear la muerte como se desea una felicidad para los que mueren en gracia.

—Padre, yo no soy pecadora. ¿Por qué, pues, se me quiere privar de esa felicidad?

* *

¿Quedó convencida y sosegada la pobre madre? Al contrario: en la noche que siguió á esa conferencia, Dolores gritó varias veces, pidiendo á la muerte que le devolviera á Mimí.

Esperó hasta el amanecer, y á esa hora intentó suicidarse para reunirse con su hija.

* *

Al sabio sacerdote, maestro de consuelos espirituales, siguió otro sabio, maestro de dolencias físicas, un médico reputado por notable conocedor de desequilibrios del cerebro.

—Amiga mía—dijo á Dolores,—es justa su aflicción. No es posible, ni, aun siéndolo, fuera conveniente excluirse de los impulsos de la Naturaleza. Ella nos impele á amar, porque el amor conyugal y el de los padres son fuente y conservación de la especie humana, y sería indigno de ella quien no se afligiera y conturbara cuando ve truncado violentamente ese amor, algo que forma parte de nuestra vida. Sólo la materia inorgánica sufre sin dolor las amputaciones. Es justo también el llanto, y además tan necesario como la evacuación de la sangre para resolver las congestiones. Las congestiones del dolor son mortales, bien que maten con muerte lenta.

—No quiero llorar: ¿para qué, si voy á reunirme con mi hija?

—Pues solamente quedándose aquí, en la tierra, la verá usted: porque en la tierra está, y de allí no pasará ni pasaremos nunca. El mundo no es tránsito ni camino para ningún lugar desconocido. Es una calle sin salida. Todo cuanto hay vivo ó soterrado en el globo terráqueo permanece en él á perpetuidad, con transformaciones sucesivas. Nadie ha traspasado, ni traspasará, el límite cerrado de la atmósfera, la cual, con ser de gases y fluidos impalpables, tiene más fuerza que si fuese de bronce para contenernos.

—Pues mi hija sí la ha traspasado; se la han

llevado, y muy lejos, porque ni la encuentro, ni me oye cuando la llamo á gritos. Sé dónde está la mitad de ella. La vi tendida, inmóvil. Pero la que antes me miraba, la que me hablaba, la que me besaba, la que andaba siempre detrás de mí, ésa se ha ido: ¿adónde? Adonde sea: allí quiero ir también; ¡allí!

—Acabaría usted como ella y no iría con ella. Se pararía usted y..... nada más. Eso que andaba y hablaba era un organismo como el de todo sér animado. Conozco el mecanismo pieza por pieza y rueda por rueda, como el relojero conoce el reloj. Y no otra cosa es el cuerpo humano. El engranaje de sus ruedas, la elasticidad de sus muelles, el equilibrio de sus compensadores y la ponderación de sus fuerzas, dan por resultante el movimiento. El reloj anda y suena como un sér vivo: por él pasa la vida con sus minutos, sus horas y sus días, hasta que en uno de ellos se para por rotura ó desnivelación ó desgaste, y de aquel aparato perfecto, imitación de la actividad vital, quedan unos pedazos de hierro inútil que la herrumbre roedora convertirá en polvo verdinegro. De igual manera, tarde ó temprano, y á veces por pequeña desnivelación de sus órganos debilísimos, acaba esa complicada maquinilla de carne, huesos, músculos y nervios que llamamos individuo. Lo importante, lo eterno es la especie.

—Señor doctor, no soy una excepción de la miseria humana. ¿Por qué, pues, ni para qué merece conservarse esta mi vida, que valiendo tan poco me pesa tanto, y cansándome mucho no me lleva á ninguna parte?

* * *

¿Quedó convencida y sosegada la extraviada madre? Al contrario: horas despúes de aquella lección de fisiología desencantadora, Dolores intentó de nuevo el suicidio para acompañar á su hija.

* * *

Dolores tenía otra hijita pequeña, tan pequeña que todavía no hablaba, sino balbucía con la media lengua infantil, que es como el piar de los pajarillos: sólo lo entienden sus padres, que le llevan el alimento en el pico.

La desdichada niña, huérfana de padre y casi huérfana de madre, porque no puede en rigor de-

cirse que viviera, estaba separada de ella, educándose en un colegio, desde la muerte de su hermana.

Érale permitido pasar en su casa algunas horas de los días festivos, no muchas ni muy frecuentemente, porque la presencia de la hija viva exasperaba el recuerdo de la muerta y el sufrimiento de la madre.

Cierta mañana la niña visitó su casa en ocasión poco propicia á besos y cariños. Dolores trató de suicidarse casi á la vista de su hija. Para tranquilizarla con una explicación falsa de aquel suceso que ella no comprendía, los parientes le dijeron que Dolores quería irse con Mimi.

La niña permanecía en pie, con los ojos llorosos, poniéndolos á veces á hurtadillas en su madre, y apartándolos otras veces, temerosa de encontrarse con aquella mirada profunda, fija en el suelo, como si intentara penetrar lo escondido debajo de él.

Dolores cambió una vez inconscientemente el rumbo de su mirada, que fué á caer sobre la niña. La cual, tomando por invitación á las caricias lo que era impulso puramente mecánico, adelantó dos pasos, y abrazada á las rodillas de su madre, le dijo:

—Madecita, me han dicho que quieres irte con Mimi. ¿Po qué me lejas para irte con ela? ¿La quieres más que á mí? Si me levas, bueno: nos idemos juntita la do.

Sintiendo el ramorcillo de aquella lengüecita que le hablaba de su Mimi, Dolores ya vió y escuchó.

—Pero si no me levas— prosiguió la niña— ¿qué voy á hacé solita aquí? Ya ve, yo no sabo habla claro. Si te va, ¿quién me etenderá cuando tega hambe?

Dolores atendía cada vez con más intensidad.

—Mimi no te nesecita—continuó la pequeña.—Como sabe habla mu claro, se etenderá bie co los angucles. Pero yo, ¿como me etenderé co tanta gete que no es mi madecita de mi alma?

La madre, estremecido todo su sér, sintió en la garganta la vibración rápida de los sollozos, que son á la vez ahogo y desahogo del pecho oprimido. Siguióse una respiración tal cual sería la del endemoniado que arrojase el demonio fuera del cuerpo, y rompió á llorar con alboroto, como borbotonea la fuente que rompe su cárcel.

La niña se apartó asustada de aquella explosión.

Dolores la recogió con amor infinito; la mojó con sus lágrimas y la lastimó con sus besos, exclamando á voces:

—¡Mimi ha resucitado, ha resucitado! Como vuelve de la nada, viene más pequeña. Ella crecerá, como creció la otra.

Lo resucitado fné la razón de la madre.

Aquella lengüecilla ignorante rasgó tiernamente la obstrucción de su cerebro, alcanzando

en dos minutos lo que no pudieron con sus sendos discursos ni el doctor espiritualista ni el doctor materialista.

Dolores quedó consolada y convencida de la necesidad, de la obligación y del placer de seguir viviendo.

Y es que un sentimiento convence mejor que cien razones.

EUGENIO SELLÉS.



HIJOS DEL MAR.

Cuadro de Mme. Demont Bretón.



LA JUVENTUD DE DON JUAN.

(Fragmento del canto primero.)

I.

Es una bella noche de verano,
Tibia noche de amor. Náyades bogan
En lagunas de estaño y amatista;
Irradian las estrellas; el ambiente
Es de aromada miel, y en los espacios
Suspira un dulce bandolín de plata
Pulsado por la mano alabastrina
De la noche estival

Sobre la hierba,
Junto á la orilla del risueño Betis,
Don Juan, gentil manebro, recostado
Entre la regia pompa de altas vides,
Una canci6n buc6lica improvisa,
Donde vierte la ufana adolescencia
Su embriagador perfume, como nardo
En rutilante copa.—La poesía
Es de la juventud fiel compa6niera,
Y toda mente audaz, en sus albores,
Cabalga asida á las radiantes crines
Del corcel volador.

De pronto suena
En la corriente del profundo río,
Un cantar ardoroso, uno de aquellos
Cantares andaluces en que late
Toda el alma de un pueblo enamorado,
Como en la frágil, nacarada concha
Retumba el mar con todo su oleaje.
Yérguese el joven, y extasiado mira
Salir del roto espejo de las aguas
Á espléndida beldad de ojos celestes
Y hermosísimo cuerpo cincelado,
Digno de las caricias de los dioses.

Luego, á orilla del Betis, fulguraba
Bajo rubios cabellos desatados,
Niveo y deslumbrador, todo el poema
De las sagradas formas de la ondina.



Oculto y arrobado, entre follajes,
Permaneci6 el doncel... En los espacios
Suspira el dulce bandolín de plata
De la mágica noche del estío.

II.

Al brillo cegador de fresca aurora,
— Hecha de azul, de rayos y de flores —
Redes tupidas el garz6n despliega
Á la margen de arroyo transparente,
Donde á beber acuden las palomas
Con ágil vuelo musical.

El mozo
Ve luego, rebotante de alegría,
Prisioneras temblar entre las mallas
Á dos de aquellas inocentes aves
De ronco arrullo y de plum6n de seda.
En tal momento apareci6 á su lado.
Vistiendo el traje de colores vivos
— Gala de labradores andaluces —
La blanca ondina que surgi6 triunfante
Del gran Guadalquivir, la que con blando
Acento implora al cazador liberte
De su odiosa prisi6n á las cautivas.

Abre las redes el galán, y vuelan
Por la atm6sfera azul las dos palomas,
Al rumor de las risas y palmadas
De la rubia feliz. Enardecido,
Quiere abrazarla el joven; mas la ninfa
Huye veloz del amoroso lazo,
No sin antes lanzar una mirada
Al seductor; mirada abrasadora,
Á cuya intensa luz, crey6 el manebro
Ver c6mo todo el prado florecía,
Arrojando amapolas como llamas.

MANUEL REINA.



A Santa Maria
1903



CURIOSIDAD.
Cuadro de A. Pérez.



LA TORNADA.

TENDIDO en el sillón de tijera, á popa del trasatlántico, bajo la toldilla amparadora de la luz intensa, Ceferino comenzó á soñar el *sueño* de su vida. Perdiéronse de vista las costas americanas, todo era mar á la redonda; las ondulaciones marinas que verdegueaban junto á la nave parecían venir desde muy lejos á acariciar el casco del navío; el navío, arrogante y soberbio, las rajaba de un tajo con la proa; después la hélice las recogía, y en dos paletazos dejábalas deshechas en espuma blanca y burbujeante.

Ceferino, desde la popa, veía esta cinta de espuma desarrollándose bajo el casco. Algunas veces pensó que al ir de Europa á América no vió aquel reguero blanco y espumante; no le vió porque entonces iba á proa—lo que él pensaba—proa á la mar y proa á la vida. Hoy era diferente: iba en el amplio rellano de la popa, al frescor de la toldura, entre el señorío, adormeciéndose con

el cuneo del trasatlántico y con el oro de la mar tan bonancible, tan sanota.

Allí respiraba bien Ceferino, llenaba de aire los pulmones, sentíalos esponjarse en cada bocanada. Hacía mucho tiempo que no respiraba tan hondo y con resuello tan largo.—Ahora—pensaba Ceferino—con la quincena de travesía, cogen el compás, y luego en Santianes, en mi tierra, con aquellos montes, con aquellos prados, con la vida regalona..... ¡Ancha es la mar! Y tranquilo, limpio de cuidados, soñaba regodeándose en su ensueño; parecíale que á su espíritu le habían pegado alas, que sus pensamientos rastreadores á flor de tierra eran ahora volanderos y se cernían en alturas ensoñadoras.

Para Ceferino no había duda; todo era obra del dinero, de las onzas ganadas en veinte años de trabajo rudo. El trabajó hasta abestiarle, para gozar después el lujo soberano de soñar sueños

muy altos. Ceferino soñaba:—Al caserío de mi madre levántole un piso y, si es menester, una azotea. Meto dentro de casa el prado de Manín de Tuya; Manín no vivirá, pero vivirán los hijos de Manín. Los hijos de Manín y yo faimos juntos á la escuela.... Yo fui á la escuela; por cierto que iba descalzo; á todo más, escarpinos en invierno.

Y al pensar en su descalcez, Ceferino miró alrededor, al pasaje señorial, y miró sus botitas de encro fino ciñéndole con blandura el pie, y rematadas en punta aguda. Por unos minutos se olvidó de todo: de la casa de su madre, del mar, del prado de Manín; sólo veía sus pies tendidos en el sillón de tijera, y los veía calzados con finura, y viéndolos así, á fuerza de mirarlos, sintió Ceferino una cosa muy triste:—Si mi madre me viera con esto.... y las que van en el baúl. Pero mi madre no me ve con botas finas.

El inconstante pensamiento del *indiano* giró como veleta, y volvióse á pensar en el prado de Manín de Tuya.—Los hijos de Manín me lo harán pagar; yo pago. ¿Quieren veinte? veinte. ¿Quieren treinta? treinta. ¡Yo lo que quiero es el prado de Manín de Tuya! No pasé yo en balde veinte años en una *bodega*. Y del corralón sé yo muy bien lo que he de hacer: con dos plazas que deje tengo bastante. El sobrante cochera; para un cochecillo sobra, pero que sobre; ahí está el toque de saber ser rico: en que todo sea sobrante.

Y mientras Ceferino seguía el hilo dorado de estos altos pensamientos, el trasatlántico seguía tajando la mar con suave cuneo, en balances voluptuosos. Pasaban los días, y cada día Ceferino ensoñaba cosas nuevas; como si las olas le trajeran aquellos pensamientos grandes, aquellos ensueños dulces; nunca había pensado en cosas tales, pero ya era de justicia que pensara, después de veinte años de *bodega*. Y seguía pensando, favorecido por el cuneo, por la frescura, por la monótona placidez de la travesía.

—Y lo que tendrán que ver serán las mozas —pensó el *indiano*, — las buenas mozas de Santianes; pero nada de mozas, Ceferino. Ellas te rondarán, cuenta que te rondarán; pero tú no trabajaste para ellas. Á buena parte vienen las mozas de Santianes; más peligroso era el mujerío de la otra banda, con aquellos ojazos negros que echan lumbre, y yo, sin embargo, firme que firme, porque aquí se viene á trabajar, no á corromperse. Ellas se arrimarán al olor de mis doblones

cuando me vean que levanto un piso, que meto dentro de casa el prado de Manín, que la corralada de las vacas la convierto, sin más ni más, en cochera. Venir han de venir. ¡Que vengan!

De repente se acordó Ceferino que de allí á un mes era el patrón de Santianes; San Bernabé, el 11 de Junio; pues entonces habían de saber quién era Ceferino; lo sabrían en diez leguas á la redonda. Derrochar, no; pero un gusto se lo da cualquiera. ¡Un gusto después de veinte años de *bodega*! Desde aquel día sólo pensó en la fiesta de San Bernabé, patrón de Santianes: asistirían á la función todos los curas de las parroquias circunvecinas; para que bailasen mozos y mozas, nada de tamboriles y gaiteros: vendría la banda municipal de la villa; en su casa, él daría un banquete de ochenta cubiertos, de cien cubiertos; y, sobre todo, los fuegos artificiales; fuegos como aquellos nunca Santianes los habrá visto.

Ceferino miró alrededor: era de noche; el pasaje estaba en la cámara; hallóse solo, solo en medio del mar inmenso; púsose en pie, levantó los brazos, y gritó con la menguada fuerza de sus pulmones: ¡Viva San Bernabé de Santianes!

El piloto de guardia oyó el vítor desde el puente, y sonriéndose, dijo: «Este señor no está bueno.»

Llegó la víspera de San Bernabé. Cosa igual jamás se vió en Santianes: todo el campo de la iglesia erizado de palitroques que remataban en ruedas descomunales; en mitad del campo una tarima con atrileras de hierro para la banda municipal; alrededor de la tarima, alrededor del campo y alrededor de la iglesia, gallardetes en altos mástiles; banderolas de percalina azul, roja, blanca, flameando entre las copas del castaño y la robleda. Hasta un arco había, un arco de laurel rematado por banderines de colores, y en una tela blanca unas letras negras que decían: «¡Viva San Bernabé de Santianes!» Por allí debajo pasaría la procesión con San Bernabé. No faltaba nada; era magnífica la fiesta, merced al rumbo de D. Ceferino, que atendió á todo. Bien lo pensó él en las monótonas horas de la travesía, sobre la popa del trasatlántico; y como lo pensó, lo hizo: música, fuegos, banderolas, cohetes....

Al cerrar la noche comenzó la fiesta; los trom-

petazos de la banda resonaban en todo el valle de Santianes; al cesar la banda, acometían las gaitas y los tambores; los mozos y las mozas rompieron en bailoteo; los cohetes traqueaban en el aire; hasta los riscos se mezclaron en la fiesta y repitieron en las alturas de la montaña el estruendo del valle. Todos los vecinos de las aldeas comarcanas afluyeron á Santianes; de las aldeas enemigas vinieron á pactar tregua, y sin trancas ni garrotos entraron en el campo de la iglesia, gritando: «¡Viva San Bernabé de Santianes!»

Allí estaban todos, menos Ceferino. De Ceferino ¿quién se acordaba! El infeliz *indiano* andaba mal desde que llegó á *la tierra*, porque era húmeda y sombrosa; no había pensado él en que su tierra era húmeda, sombría, y por eso los pulmones, que en la quincena de navegación habían tomado el compás, lo perdieron en Santianes. La noche de la fiesta Ceferino tuvo que meterse en cama; desde ella algo veía, porque el ventanuco de su cuarto registraba todo el valle. Oyó allá abajo el griterío, la batahola humana; oyó rasgar el aire con estampidos; oyó redoble de tambores y estridor de gaita; pero todo le pareció oírlo entre sueños.—Sin duda tengo mucho sueño, decía Ceferino, que jadeaba sudoroso. Para mañana que cuenten conmigo; hasta he de *echar* un baile

y he de dar cuatro brincos....; pero de noche, yo soy un hombre que todavía tiene pegado al cuerpo los hábitos del trabajo, las buenas costumbres de la *bodega*.—Y levantando el busto para ver el valle, volvió á caer con pesadez sobre las almohadas.

Algunas veces le parecía que la fiesta se alejaba, oíala desvanecerse en el aire. Era él, que se alejaba y se desvanecía. Sintió un leve mareo, creyóse aún sobre el trasatlántico, acunado por la mar, y creyéndose allí, volvió á sus ensueños:—El prado de Manín; veinte pesos, cincuenta pesos.... pesos....; Yo lo que quiero es el prado de Manín de Tuya! Y la noche de San Bernabé, fuegos artificiales.

Un estallido seco estremeció á Ceferino, que, incorporándose, vió en el espacio un reguero luminoso rayando la noche, como un desgarrón en el cielo lóbrego, y llenósele el cuarto de un claror azulino que cambió suavemente de coloración, trocándose en resplandor violáceo y después en claridad amarilla, fosforescente y azufrada. Un

mareo más intenso abatió la cabeza del *indiano*; á la luz amarilla su



rostro estaba más cadavérico que nunca. Entornó los ojos:—Ya me hago cargo, se decía á sí mismo en las profundidades de la somnolencia, ya me hago cargo; es que amanece; sobre la mar el amanecer es cosa para vista; pero hoy tengo sueño, no subo á la toldilla.

Con los ojos cerrados, aún se llenaban sus ojos de resplandor amarillento.—El sol que sale, —balbuceaba entre el ronco jadeo del pecho palpitante;— hoy es San Bernabé; hoy bailaremos, brincaremos sobre cubierta; hoy convido yo á los de popa y á los de proa, y además sacaré á bailar á todas las mozas de Santianes.... ¿En donde está mi madre? Quiero que mi madre me vea con botas finas.

Un repiqueteo de cohetes le hizo romper á Ceferino el hilo de sus pensamientos. Con esfuerzo supremo levantó la cabeza, y oyó traqueo lejano, y vió que caían del cielo como pedazos de estrellas, lágrimas de fuego: eran rojas, eran verdes, eran violadas. Ceferino quiso gritar, creyó gritar:—¡Viva San Bernabé de Santianes!— Pero no gritó nada; su vitor debió de resonar ya en otro mundo; la cabeza seca y amarilla de Ceferino volvió á desplomarse.

La aurora se había apagado; Ceferino aprovecharía la obscuridad para dormir, para descansar, porque era lo que él había pensado muchas veces: «Veinte años de *bodega* merecen un buen sueño».

FRANCISCO ACEBAL.



Acceperunt ergo corpus Jesu, et ligaverunt illud linteis cum aromatibus....

Cuadro de Aubert.

(San Juan, Cap. xix-40.)

CERVANTES.



CON MOTIVO DE LA ERECCIÓN DE UN MONUMENTO Á SU MEMORIA EN PARÍS.

La Edad Media se hundió. Cual se derrumba
Gigante el árbol carcomido y seco
El Feudalismo descendió á su tumba,
En la campana comunera el eco
De la futura libertad retumba.

Roto de la ignorancia el férreo anillo
Buscó en la imprenta el pensamiento cuño,
El arcabuz sustituyó al cuchillo,
Y con fragor se desplomó el castillo
Sobre el sangriento polvo del terruño.

La Edad Media se hundió, y hubo un instante
De tremenda ansiedad en que perplejo,
Desalentado el corazón, y errante,
El hombre murmuró: «Nada hay delante;
Mi edén, acaso, á mis espaldas dejo».

¡Procaz blasfemia, vergonzosa duda!
Así Ashavero compasión demanda,
Cobarde y flaco, la conciencia muda,
Y la voz del Señor severa y ruda
Repite siempre á sus oídos: «*Anda*».

Andará sí. Ya el cielo se ilumina,
Recorre hondo y vital sacudimiento
La alborozada tierra, que germina
Y alzándose del polvo de la ruina
Grita el mundo á una voz: «Renacimiento».

¡Dichoso tiempo, amanecer dorado
De un día por Dios mismo festejado,
Risueño despertar tranquilo y puro
Que arrullan los recuerdos del pasado,
Que alegran los ensueños del futuro.

¡Renacimiento! Embriaguez de vida,
Palpitación universal de gloria,
Himno del arte que á gozar convida,
Poema de la ciencia redimida,
Página de oro de la humana historia.

Al ponerse ese sol, en los instantes

En que oculta su disco de brillantes,
El genio nace á quien el orbe acata,
Y el edificio en su esplendor remata
Como escultura colosal Cervantes.

Es el Titán que en soberano arrojo
Con un pie en cada edad se alzó divino
Y, nuevo Moisés, abrió á su antojo
Á la extraviada humanidad camino
Por las olas sin fin de aquel Mar Rojo.

El cautivo en Argel, héroe en Lepanto,
El que teniendo á su merced sumisa
La inspiración, con singular encanto
Supo arrancar el llanto con la risa,
Y provocar la risa con el llanto.

El un libro escribió que sin segundo
La realidad y el idéal hermana,
Libro que encierra irónico y profundo
La contrapuesta variedad del mundo
Y el clarobscuro de la vida humana.

Todo el que sueños adoró distantes
Y, esclavo de lo real, viva en sus grillos,
Oirá la carcajada de Cervantes,
Pues ¿quién no tomó ventas por castillos
Ni confundió molinos con gigantes?

El genio, lengua que la voz traduce
Del universo y su esplendor refleja,
Llama que al pueblo de Israel conduce,
Que el plan divino al presentir produce
Lo que aún informe la creación bosqueja.

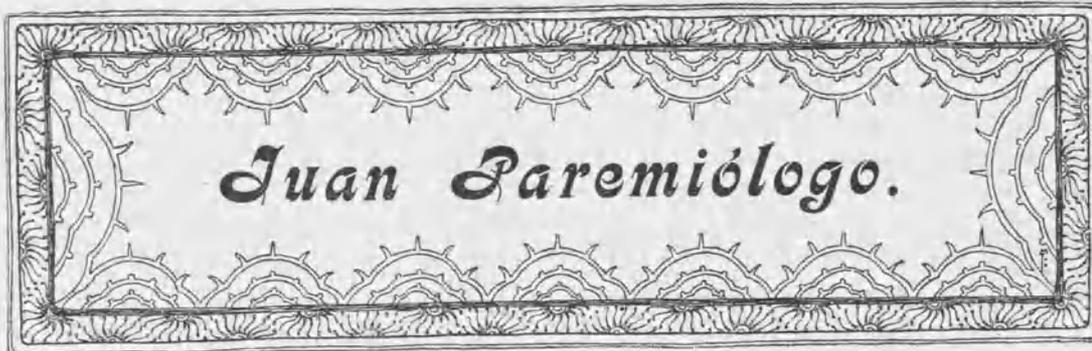
Verbo en que á redimir á la caída
Miseria humanidad, con vario nombre
Y fecunda virtud desconocida
Á través de la historia y de la vida,
Perpetuamente Dios se está haciendo hombre.

EMILIO FERRARI.



¿ME QUIERE?... ¿NO ME QUIERE?

Cuadro de Munch.



Juan Paremiólogo.

UN erudito escritor contemporáneo (á quien conceda Dios tantos años de próspera vida como yo para mí deseo) que responde al nombre de Luis Montoto, y coparticipe al propio tiempo en achaque de estudios y escritos paremiológicos ó refranescos, publicó pocos años há (1898) un interesante opúsculo vaciado en la turquesa de linda poesía é intitulado *Historia de muchos Juanes*, en el cual saca á relucir unos cuantos individuos que celebran su fiesta onomástica el día 24 de Junio, y que asumen un apellido diferente, en armonía con su carácter peculiar y distintivo; tales son:

Juan Pescador;

— *Segador;*

— *Maquinista;*

— *Soldado;*

Juana la Costurera;

Juan Minero;

— *Albañil, y*

— *Predicador,*

víctimas todos ellos de un trabajo más ó menos forzado, más ó menos violento, como dedicado cada cual á buscarse la vida por medio de elementos los más á propósito para acelerar la hora de la muerte. No entraba en su plan el tratar de JUAN PAREMIÓLOGO, por lo cual hizo caso omiso de semejante personaje; yo me propongo darlo á conocer hoy á mis antiguos lectores, como síntesis ó resumen de la *Ciencia Aforística del Pueblo*.

Nació JUAN PAREMIÓLOGO cuando el mundo se hallaba aún en mantillas, lo cual equivale á de-

cir que ya lleva comidos algunos molletes calientes desde entonces acá. Fueron sus progenitores los acontecimientos que se realizaban en torno suyo, y las necesidades que iba acarreado el transcurso de los tiempos, hasta el punto de llegar á formular un código de verdades de eterno principio, como basadas en *la experiencia*, que es madre de la ciencia, ó ya de índole relativa, como fundamentadas en un supuesto meramente convencional ó subjetivo: de ahí el origen del *refrán*, por hallarse en boca de todos ó referirlo el vulgo á cada paso; del *proverbio*, una vez cimentado ese dicho en el suceso atribuido á un ente histórico, ó ideal, y apropiado ahora á circunstancias idénticas ó parecidas; y del *adagio*, en concepto de entrañar algún consejo, moralidad ó enseñanza, enderezados al mejor y más apetecido acierto en el régimen de las diversas fases que ostenta la vida del hombre, ora considerado en sí mismo, ora respecto de su posición social, y siempre dentro de la esfera ilimitada de todo orden de ideas. Así es que nada se sustrae á lo omnívoro de su dominio, por lo cual vino á resultar JUAN PAREMIÓLOGO la representación genuina de la *Filosofía Popular ó Subiduría de las Naciones*, rico veneno, como queda indicado, de dichos idiomáticos unos, jocosos otros, y casi siempre sentenciosos, aforísticos, preceptivos, etc., encaminados al gobierno de bien vivir, si sencillo en la forma, como hijo de tal padre nacido del pueblo, sublime en el fondo, en virtud del resultado inmediato de la observación y la madurez, cualidades dos que sólo se adquieren con la longevidad y á fuerza de desengaños, hasta el punto de llegar á merecer sus dichos

la honorífica calificación de *Evangelios abreviados*. Y cádate ya á Juanito (que no siempre ha de ser Periquito) hecho fraile; quiero decir: ya tenemos á nuestro buen JUAN PAREMIÓLOGO hombre hecho y derecho, que es el sujeto cuya figura nos hemos propuesto trazar á largos rasgos, por cuanto lo colosal de su entidad no nos permite hacer un retrato acabado y de grandes dimensiones dentro de marco tan reducido.

Iba cierto día el bueno de nuestro JUAN por la calle, y como era de espíritu recto y carácter bondadoso, al acercársele un amigo suyo, le dijo éste de repente:

—Tú no tendrás ningún enemigo, JUAN.

—Si tengo, por desgracia.

—Hombre, ¿es posible?....

—¡Ya lo creo! tantos como personas á quienes he dispensado favores ó proporcionado medios para salir de la nada en que yacían. Además de que por algo se dice: *Araña, ¿quién te picó? otra araña como yo; y, Ese es tu enemigo, el que es de tu oficio.*

En cierta ocasión se le acercó otro, y le preguntó:

—¿Te acuerdas de N..., aquel pobre diablo salido de la escoria de la sociedad, y por cuyo encumbramiento tanto trabajé hasta conseguirlo?.... Pues, hijo, acaban de nombrarlo jefe del personal de mi oficina, y no parece sino que se estrella preferentemente conmigo, tratándome con la mayor desconsideración é insolencia. ¿Qué te parece el tal botarate?

—¿Qué me ha de parecer, sino que Dios nos libre de piojos resucitados, y que Ni pidas á quien pidió, ni sirvas á quien sirvió.... ¿Y á propósito de antes sopladitos y vanidosos, te preguntaré á mi vez: ¿Recuerdas á X..., al que habíamos bautizado en nuestras reuniones con el nombre sonoro cuanto significativo de *Marqués de Forlipón?*

—Y tanto como lo recuerdo; ¿pues no lo he de recordar?.... Parece estarlo viendo contonearse con aquella fatuidad que le era ingénita, como si dijera: «Cabayeros, paso á este moso crío, por quien se pirlan toos los peaos de las güenas mosas que han salío de la espuma de la sal y de la flor de la canela», cuando nosotros nos decíamos unos á otros: «*Anchura, anchura, que viene el carro de la basura!*» Mira tú si me acuerdo bien. Pero lo

que no he podido alcanzar nunca, es, á qué obedece ese dictado de *Forlipón* que se le adjudicara.

—Pues yo te lo diré. Has de saber, por si no lo sabes, que es harto frecuente entre la gente del pueblo, sobre todo en la región andaluza, el hacer uso de la figura que llaman los gramáticos *metátesis*, esto es, el permutar ó trocar las letras, y aun las sílabas, de que se componen ciertas palabras; v. gr: *perdicador*, por *predicador*; *cátreda*, por *cátedra*; *filomena*, por *filomela*; *cantinelas*, por *cantilenas*; *caramillo*, por *calamillo*; *coronel*, por *colonel*, y cien y cien más; de ellas unas han quedado relegadas, las más, al uso del pueblo, mientras otras han alcanzado llegar á ser patrimonio de la gente culta y erudita. Pues bien: del vocablo *floripondio*, planta cuya flor de tamaño abultado en forma de embudo no da fruto alguno, ha sacado el vulgo la voz *Forlipón*, mudando el *flori* en *forli*, y substituyendo el final *pondio* por *pon*, probablemente con el objeto de abreviar la tal palabreja y darle al propio tiempo una terminación que trascienda á algo así como á extranjerismo, á fin de que resulte el vocablo más pomposo y retumbante, y, por lo mismo, en más íntima consonancia con el ente á quien se propone representar, y de los cuales se suele decir, con bastante propiedad, que *El tonel vacío mete más ruido.*

No faltó quien se lamentara con él alguna vez de que ciertas personas constituidas en altos y pingües puestos, y obligadas por lo mismo á mirar con mayor interés, celo y caridad al indigente, le trataban con cierta indiferencia y menoscabo, cuando no con saña y encono, atendiendo más á pasatiempos y distracciones mundanales, que al desempeño de su elevada misión. De ellas se apresuró á decir que, *Sepulcros blanqueados en el exterior, están llenos de podredumbre*, como reza la Sagrada Escritura, y que *El harto, del ayuno no tiene cuidado ninguno.*

Quejóse nuevamente el mismo, por los términos siguientes:

—Grande desdicha es igualmente que ciertos sujetos quieran hacer conquistar á otros el reino de los cielos, buscando para sí y los suyos los frutos terrenales, y, en ocasiones, hasta los sensuales; á lo que repuso inmediatamente:

—Por los tales se dijo que: *El corazón, en Dios, y la mano, en lo que se pueda.*

Amigo de la rectitud y de la más estricta justicia, y acostumbrado á no ahorrarse ni aun con su padre, cuando veía (y esto era harto frecuente)

que se adjudicaba tal ó cual puesto á persona inmerecedora de semejante distinción, no podía por menos de exclamar:

—La vil lisonja y los medios rastreros son comúnmente los factores de semejantes fechorías, atropellos é iniquidades. *Débase buscar los hombres para los destinos, y no los destinos para los hombres.* Por eso ocurre más de una vez que la conducta de éstos suele tener un fin deplorable, con cuyo motivo no es cosa rara oír decir de ellos que: *Por su mal le nacieron alas á la hormiga;* y como quiera no sea nuevo eso de que *más de cuatro,* y aun más de ocho, salieron de juicio por haber salido estrepitosa é indebidamente de su esfera social, se les aplicó esta solemne cuanto triste sentencia: *Á quienes intenta perder Dios, empieza por privarles de la sana razón.*

Cuéntase que en cierta ocasión le nombraron gobernador militar y político de no sé qué región (americana, según unos, ó andaluza según otros), y que, á fuer de hombre prudente y precavido, no quiso imitar á sus antecesores en eso de proclamar un bando de buen gobierno apenas subido al poder, sin enterarse antes de las circunstancias que caracterizaran á la circunscripción de su mando, y poder así obrar con pleno conocimiento de causa, y, por tanto, con la debida conveniencia y el más madurado acierto. Pasaban días y días, y.... nada, nuestro hombre, *mutis por el fondo.* Visto tal silencio por parte del público, no faltó un desahogado (de los muchos que pululan por esos mundos de Dios) que se atreviera á poner una noche á la puerta de su palacio un pasquín concebido en los términos siguientes:

«Cuando este gallo no canta, algo tiene en la garganta.»

Llegado que hubo tal suceso á su conocimiento, mandó fijar este otro por debajo del anterior:

«Este gallo cantará, y á muchos les pesará.»

En efecto, resultó salir el gallo con buena cresta y mejores espolones, y no pocos pajarracos tuvieron que bajar la voz en el gallinero.

Dolíanse unos cuantos en su presencia de que la criminalidad iba adquiriendo en su época un desarrollo imponente.

—Nada más natural—les replicó—que así suceda, en vista de la impunidad que de algún tiempo á esta parte se viene ejerciendo, por confundirse en determinadas ocasiones los impulsos de una compasión mal entendida con los fueros de la más estricta justicia. Cuéntase de cierto em-

perador del Brasil, que, habiendo quitado un criminal feroz la vida á una mujer embarazada, llegó, no obstante, á alcanzar el perdón del monarca. Alentado con tan buen éxito, fué sorprendido poco después chupando la sangre de un sacerdote á quien acababa de asesinar, y recurrió nuevamente á implorar la clemencia del soberano, el cual, indulgente sobremanera, se inclinaba á darle oídos benignos por segunda vez. «No le indulte V. M. (le dijo su primer ministro), pues este malvado ha cometido un crimen que no merece perdón, y el pueblo, con sobradísima razón, se halla altamente indignado.—¡Un crimen! (repuso el príncipe); ha cometido dos.—No, señor, uno tan solamente: el segundo lo ha cometido V. M., por cuanto nunca debió perdonarse el primero.» Y yo os digo ahora (añadió JUAN PAREMIÓLOGO): usar de extremada benevolencia con cierta clase de delinquentes, en especial con aquellos que, bajo forma humana, son más crueles y sanguinarios que las fieras de los bosques, y, de más á más, reincidentes por empedernidos, vale tanto como autorizarlos á que desarrollen por completo sus instintos de ferocidad en las inocentes víctimas que les salen al encuentro, una vez convencidos de la impunidad que les espera; sobre todo, siendo, como lo es, de derecho natural, que *Quien á hierro mata, á hierro debe morir;* y sabido es que el derecho natural está por encima de todos los derechos del mundo, habidos, habientes y por haber.

Díjole no há mucho cierto *quidam*:

—Mucho gusto tendría en saber quién fué ese *Picio*, al que se suele tomar por tipo de la fealdad, pues, por más que lo ando buscando en todas las obras paremiológicas de nuestra nación, no lo hallo vivo ni muerto; de donde saco en claro que nadie se ha ocupado en dar á conocer semejante figura.

—Hubieras buscado bien, y de ese modo te habrías evitado el *sacar, no en claro, en obscuro* la consecuencia falsa que aduces. ¿Por ventura crees, majadero, que no hay más que contentarse con hojear un libro, y al no encontrar luego lo que se busca lanzarse á asegurar, hasta en letras de molde, *si á mano viene, y aunque no venga sino al pie:* «Fulano no dijo esto, Mengano calló lo otro, Zutano no se ocupó en lo de más allá?».... Pues sábetelo, pobre diablo, que hace ya cerca de un cuarto de siglo que por uno de mis más caros discípulos se halla satisfecha la pregunta que ahora me ha-

ces; cuida, pues, en lo sucesivo de volver á sentar proposición alguna universal sin estar antes plena y satisfactoriamente convencido de su certeza, á fin de no exponerte nuevamente á *hablar á tontas y á locas*. Y para que no te molestes en ir á buscar *El Averiguador Universal* (Año I, Madrid, 15 de Noviembre de 1879, pág. 326), voy á relatarte el suceso tal y como allí se consigna; conque así, abre tanta oreja.

«Á principios del siglo XIX existía en Granada un zapatero llamado *Picio*, natural de Alhendín (provincia de Granada, distante legua y media de su capital), el cual, por no sé qué delito, había sido sentenciado á la última pena. Hallándose en capilla, recibió la consoladora noticia del indulto; y fué tal y tanta la sorpresa que le causó tan inesperada nueva, que, cayéndosele á poco el cabello, las cejas y las pestañas, y llenándosele de tumores la cara, quedó tan monstruoso y deforme, que en breve pasó á ser citado como tipo de la fealdad más horrorosa. Retiróse después á Lanxarón (villa á siete leguas de Granada), donde, por no querer quitarse de la cabeza el pañuelo que constantemente la tapaba, á fin de no descubrir la calva, jamás entraba en la iglesia; lo cual, observado un día y otro por los habitantes, fué causa de que le hicieran salir más que de prisa de aquella población. Entonces se refugió en Granada, donde murió no há muchos años, según declaración de personas fidedignas, que me aseguran haberlo conocido.»

En su práctica constante é inveterada y profundo estudio de nuestra lengua, prueba, hasta la saciedad, que si alguien pudiera seguir dudando todavía de que existen sinónimos propios, verdaderos ó rigurosos, los *refranes* acabarán de hacer buena su proposición. Sirva de ejemplo tan solamente la siguiente demostración.

Quien el aceite mesura, las manos se unta.

Administrador que administra y enfermo que se enjuaga, algo traga.

Daca el gallo, toma el gallo, quedan las plumas en la mano.

Á quien anda con la manteca (ó entre la miel), algo se le pega.

Hé ahí cuatro *refranes* distintos en cuanto á la forma, y que entrañan un solo sentido verdadero; ergo, sinónimos propios, reales, efectivos ó rigurosos.

Y ¿quién podría trazar ahora el número sin número de *frases hechas ó idiomáticas que se le*

vienen á las manos como las cerezas cuando se tira de una de ellas colocadas formando montón en un plato ó en una banasta?.... Baste decir que, siendo tan rica en este terreno la lengua castellana, no puede nuestro héroe entablar conversación alguna sin introducir otras tantas locuciones de ese jaez. Así, para denotar que una persona es absolutamente negada, apela al rodeo ó circunloquio de decir que

No ha inventado la pólcora, ó que

Salomón pasó en posta por cima de su cabeza, ó ya que

Tiene el último piso desalquilado, etc.

Por asumir toda clase de formas, toma nuestro JUAN hasta la de la quisicosa ó adivinanza. Sirvan de ejemplo:

¿Qué cosa es cosa que se vende en la plaza y es boronda?

Con tal pregunta se propone tildar de torpe á quien no acierta inmediatamente aquello que por su naturaleza es de todo punto llano, sencillo y trivial, al no contestar en seguida que el objeto propuesto es el bulbo de todos conocido con el nombre de *batata*.

No tan fácil de acertar es el caso siguiente:

Si pasa, no pasa; y si no pasa, pasa,

con referencia al huevo, que, cuando se compra con sujeción á determinado grosor, si entra por el aro de antemano convenido, es inmediatamente rechazado; y, al contrario, si se detiene en dicho cerco, es luego aceptado, por llenar esa condición del convenio preestablecido.

No nos es dado descender á analizar aquí todas y cada una de esas formas, v. gr., la dialógica, la interrogativa, la triaria, la irónica, la macarrónica, la paranomástica, etc., porque semejante examen nos llevaría muy lejos al exigir de suyo un tratado especial relativamente voluminoso; por eso damos ya de mano al presente artículo, no sea que se caiga de las de nuestros benévolos lectores, que nos apresuramos á besar. Sin embargo, permitásenos, antes de concluir definitivamente, que empleemos cuatro chafarrinadas más en el borrón que respecto de nuestro héroe hemos emprendido, con el fin de salir al encuentro de la siguiente objeción que tal vez pudiera ocurrírsele á algún lector caviloso enderezar á nuestro bosquejado: «Si existen indudablemente *refranes* de todo punto inexactos, y aun no pocos contradictorios, ¿cómo se podrá tolerar el que se los califique de *evangelios abreviados ó chicos?*....» A eso contesta JUAN

PAREMIÓLOGO en defensa propia, valiéndose al efecto de un argumento *ad hóminem*, ó sea empleando *dos refranes*, á saber:

1.º que *La letra mata, y el espíritu vivifica*, y

2.º que *Otros tiempos, otras costumbres*;

más claro: que no todos los *refranes* se han de tomar al pie de la letra, pues detrás de la corteza suele haber algo escondido, así como dentro de la cáscara, y ese algo puede responder á diversas causas, que sería harto extenso el proceder á especificar ahora, como la variedad de climas, la diferencia de los terrenos, el distinto temperamento de cada individuo, etc.; y, sobre todo, que, transformándose los usos, prácticas y costumbres bajo todos aspectos, mediante la sucesión de los tiempos, lo que en época ya pasada tenía razón de ser, pugna abierta-

mente con lo que existe en la actualidad; de donde se infiere, en lógica consecuencia, que algunos *refranes* podrán resultar hipotéticos, otros caídos en desuso, por cuanto, *quitada la causa, cesó el efecto*, y otros, en fin, inexactos hoy, en atención á nuevos descubrimientos hechos en época posterior á la del invento del tal *refrán*, merced á los adelantos con que por nuevos senderos caminan las ciencias de toda clase.

Y basta ya de más considerandos. Confiésete, pues, que JUAN PAREMIÓLOGO es el ente que más verdades ha dicho, dice y dirá mientras el mundo sea mundo; si bien no es menos cierto que

Las verdades amargan,

y, por ende, que

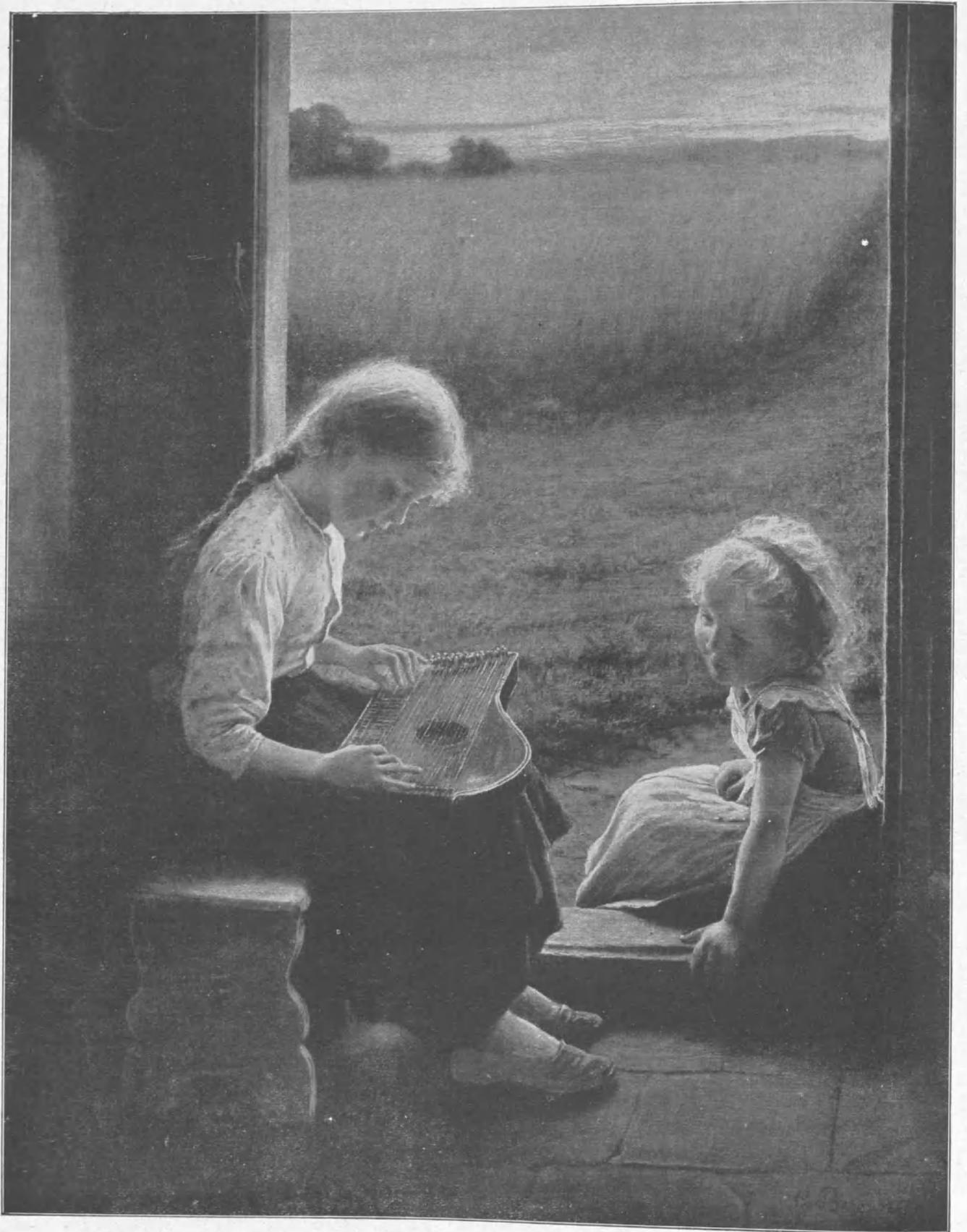
No todas las verdades son para dichas.

JOSÉ MARÍA SBAREI.



EN FAMILIA.

Cuadro de Girardel.



MÚSICA CASERA.

Cuadro de Bergen.



LA VOZ DEL CAMPANERO.

En el alba esplendorosa, cuando el sol con regia lumbre
Ilumina del espacio la magnífica extensión,
En el alto campanario que es penacho de la cumbre,
Como risa ó cual suspiro de angustiosa pesadumbre
Lanza al viento sus tañidos el metálico esquilón.

En la púrpura y el oro de la tarde brilladora,
Cuando ríman los arroyos la canción crepuscular,
Como alondra prisionera que en la jaula canta y llora,
Lanza al viento sus tañidos la campana vibradora,
Entonando blandamente melancólico cantar.

Y en la noche, por el llanto de los ángeles cubierta,
Cuando el mundo se ha dormido de la sombra bajo el tul,
Como atlético atalaya que incansable da el alerta,
En el alto campanario la campana está despierta
Y es el faro que á los hombres muestra el cielo siempre azul.

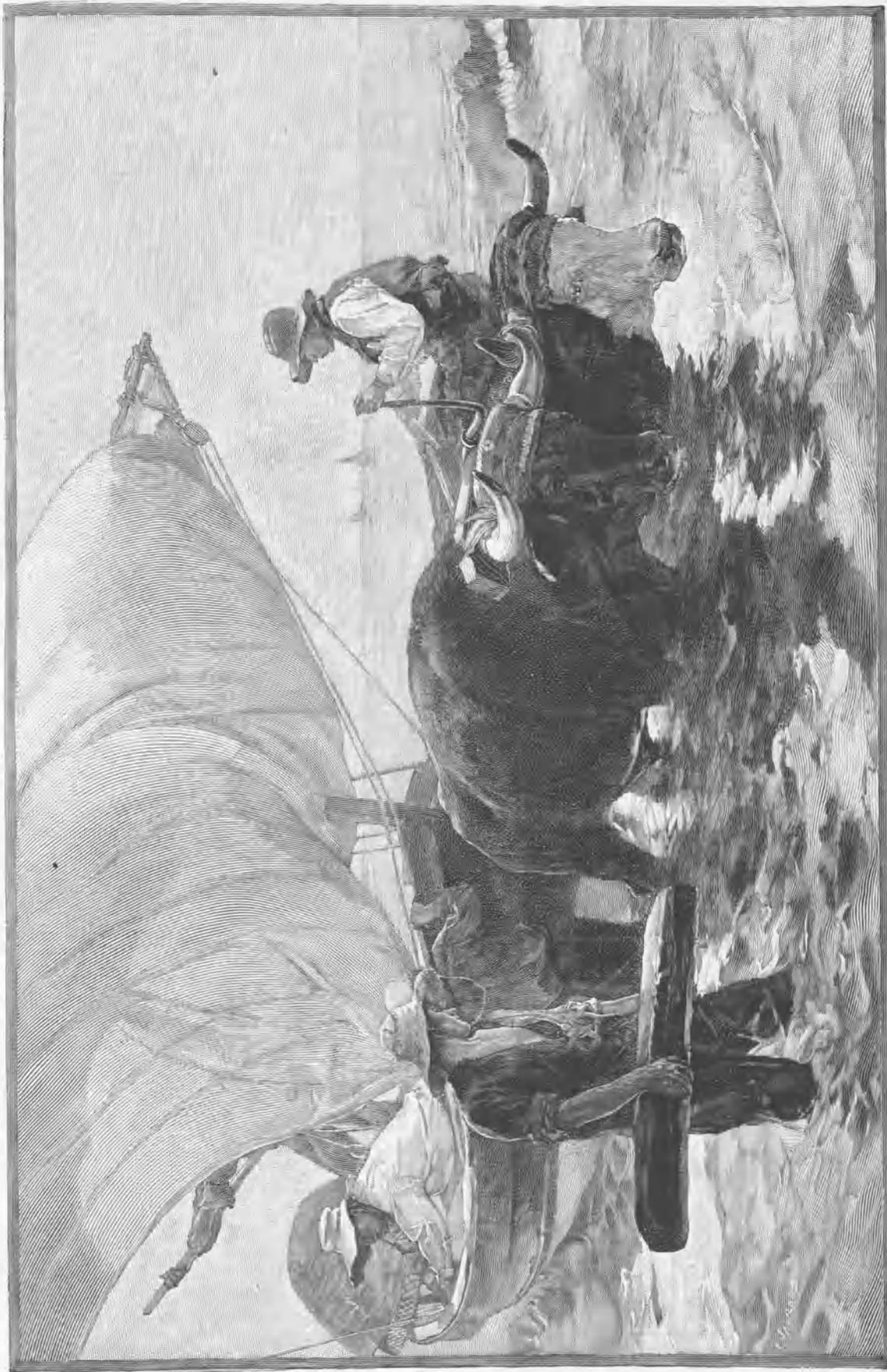
Silencioso en la alta torre vivió el pobre campanero
Apegado á su campana como al tallo el caracol,
Y es su dicha y es su gloria y es su goce verdadero
Que el tañido de la esquila, gemebundo y lastimero,
Vuele y suba en el espacio con el sol y sin el sol.

La amargura y la tristeza han envuelto en densa nube
Al anciano campanero del vetusto torreón;
Tuvo un hijo el campanero y, al morirse su querube,
Suponiendo que el tañido hasta el trono de Dios sube,
Para hablar al hijo muerto tañe el padre el esquilón.

M. R. BLANCO-BELMONTE.



EL «COUPLET» DE MODA.



LA VUELTA DE LA PESCA.

Cuadro de Joaquín Sorolla.



Laureles secos.

I.

La Lucientes, la famosa Lucientes, que había conquistado en las tablas tantos triunfos ruidosos; la que llenó con su nombre, unido á los más encomiásticos adjetivos, columnas enteras de los periódicos más leídos en España; la favorita de los públicos; la que llegó á cobrar sueldos fabulosos y se vió rodeada de una corte de admiradores, cumplió los sesenta años.

Algunos antes había tenido que retirarse de la escena, después de pasar por la humillante necesidad de contratarse como actriz *de carácter* para interpretar casi siempre papeles de vieja ridícula; ¡ella! la que, más que por su mérito artístico, logró fama y aplausos y popularidad por su gentil belleza, por su cara risueña y expresiva, por sus ojos habladores y por su cuerpo escultural y airoso.

Con la vejez llegó el abandono de los compañeros, el olvido del público, la imposibilidad de contrata, y, por fin, la miseria.

Los artistas que con la Lucientes habían hecho su carrera dejaron de envidiarla para compadecerla, y, por lástima y por caridad, organizaron en favor suyo algunas funciones en que ya ella no

se atrevió á tomar parte activa, segura de un fracaso inevitable. Pero cuando se acudé muchas veces á la caridad acaba por no encontrársela, y la Lucientes llegó á llamarla en vano.

Su visita á los cuartos de las actrices, siempre para solicitar socorro en forma de *guante*, aprovechando los días de nómina, ó para pedir prestadas cantidades que iban amenguando hasta llegar á la limosna, su visita á los escenarios fué ya imposible. La conocían los porteros, sabían que iba sólo á importunar, á pedir, y le negaban la entrada. Tales desaires sufrió, tantos desprecios la hicieron soportar, que ya un día, con el corazón palpitante de ira y la cara roja de vergüenza, resolvió alejarse para siempre de aquellos sitios donde en honor suyo habían estallado tantas veces salvas estruendosas de aplausos.

Había explotado el prestigio de su nombre, la amistad, el recuerdo de sus glorias, la conmiseración de los empresarios, todo.

Ella, que disfrutó siempre salud envidiable, tuvo íntima satisfacción el día en que por primera vez se sintió enferma. El hospital le ofrecía refugio y alimento, lo que ya no podía lograr hallándose sana.

Y allá fué; pero con la tranquilidad del espíritu el cuerpo envejecido recobró demasiado pronto la fuerza y la salud perdidas: su vigoroso

temperamento triunfó de la dolencia, y convaleciente todavía, fué dada de alta y despedida del sagrado asilo. Abundaban los enfermos, y la cama que ocupaba la Lucientes era precisa para otra desgraciada.

Salió del hospital una mañana de primavera en que todo sonreía: la Naturaleza, con sus resplandores de juventud, parecía burlarse de los afligidos.

La pobre vieja no sabía qué hacer, ni adónde dirigirse, ni cómo podría vivir desde entonces; y á pesar de la levadura romántica que aún existía en su alma de artista, ni por un momento, en medio de su desesperanza, se le ocurrió la idea del suicidio.

En la primera iglesia que halló abierta á su paso entró y rezó de rodillas, sosteniéndose con dificultad, apoyada en un banco, y en fervorosa súplica pidió la muerte á Dios, como el único bien posible.

II.

Cuando algo fortalecida por la oración, que había consolado su espíritu, se dirigió á casa, era ya mediodía. Á la vista de los jornaleros, que sentados en la calle comían con deleite su abundante cocido, sintió hambre. La implacable materia exigía lo suyo, con esa imperiosa necesidad de comer mucho, característica en casi todos los convalecientes de dolencias agudas.

La pobre vieja se estremeció al sufrir aquel aguijón en el estómago.

—¿Y quién va á darme de comer?—se preguntó á sí misma.—No tengo dinero..... es inútil

recurrir á nadie..... Será preciso esperar que anochezca, y entonces..... entonces haré el último sacrificio: pediré limosna. Los pobres vergonzantes, esos que mendigan siempre en la sombra, y que representan por su aspecto la ruina de algo que fué grande, inspiran más lástima á los transeun-



tes. Recatada con mi mantilla nadie ha de conocerme, y acaso por ese medio logre vivir.....

Con esa tristísima esperanza llegó á su casa, donde la portera, que estaba comiendo en su cuchitril, se asombró al verla, y solamente la invitó con el acostumbrado: «¿Usted gusta?» Después

le dijo que el casero había hecho desalojar el cuarto que ocupaba la Lucientes, y que los trastos que constituían su mezquino ajuar los habían trasladado á un guardillón trastero, esperando que su dueña muriese ó los reclamase.

El menos observador habría notado en la portera la contrariedad que le causaba la presencia inesperada de la Lucientes, cuyo *mobiliario* consideraba ya, sin duda, como suyo.

—¿Y está todo, todo lo que dejé cuando me llevaron al hospital?— preguntó la Lucientes con un interés incomprensible, dado el escaso valor de los trastos.

—¡Pues claro, señora!— contestó la portera;— todo está lo mismo: no le faltará á usted ninguna alhaja. ¿Qué se había usted figurao, que iba yo á pringarme en esas porquerías?

—No se ofenda usted— repuso la anciana;— ya sé que todo ello nada vale; pero en aquel baulillo que dejé cerrado hay algo que yo aprecio como si valiera mucho.

—Pues cerrao lo encontrará usted como lo dejó, y oro molido que fuera, lo mismo estaría. Tome usted la llave y cargue con todo, que harto hizo el amo en consentir que se guardara tanta basura.

Tan hecha estaba la Lucientes á humillaciones y desprecios, que no hizo alto en lo ofensivo de las palabras, y con dulcísima mansedumbre, dijo:

—Perdóneme usted. Voy arriba: estaré allí hasta que anochezca, bajaré la llave y mañana enviaré por todo, agradeciendo mucho el favor que me han hecho al guardarlo.

—Vaya usted con Dios— respondió la portera,—vaya usted con Dios, señora.

Y mientras daba á esta palabra una entonación burlesca y mortificante, pensaba, viendo subir á la Lucientes:

—¿Qué tendrá esta vieja en aquel baúl que dejó tan cerrao? Bien tonta he sido yo en no verlo.

III.

Después de la ascensión de ciento veintidós escalones, penosísima para la infeliz convaleciente, llegó por fin jadeante y sudorosa y abrió la puerta del guardillón trastero, que, por ser inhabitable, no estaba alquilado.

Era un cuarto largo y estrecho, sin más luz que

la de un ventancho abierto en el tejado. El techo, de vigas muy gruesas, formaba con el piso un ángulo agudo, y apenas dejaba espacio por su parte más alta para andar una persona encorvada.

Allí, hacinado todo y revuelto, cubierto de polvo y telarañas, había persianas rotas, sillas desvencijadas, vasijas inservibles, restos de muebles, algún trozo de estera, el jergón miserable que había servido de lecho á la Lucientes, y un baulillo viejo de regular cabida, con forro de cuero esquilado, de los que ya sólo se ven escasos ejemplares en las casas donde se conserva lo antiguo.

La anciana se acercó al cofre con ansiedad, y respiró satisfecha al ver que la cerradura estaba intacta. Sentóse en el suelo, descansó un instante suspirando con fuerza, y sacó del seno una llavecita pendiente de un cintajo arrugado y sucio. Después abrió el baúl con la solemnidad mística del sacerdote que abre el Sagrario.

IV.

Lo primero que apareció á la vista fué gran número de periódicos de fecha ya remota, de más de treinta años algunos. Todos ellos tenían señalados con lápiz azul ó rojo sueltos ó artículos. Los epígrafes de éstos decían con letras gordas, como si lo escrito fuese importante: EL BENEFICIO DE ANOCHE, PACA LUCIENTES, TRIUNFO TEATRAL....

La pobre vieja los fué sacando uno á uno y formó con ellos ordenado montón.

En el cofre, debajo de los periódicos, había varios retratos de la Lucientes con trajes de teatro, muy ligeros todos, para lucir aquellos encantos que enloquecían á los espectadores. ¿Quién hubiera reconocido en la anciana fea y miserable al original de aquellas hechiceras figuras? ¿Quién hubiera creído posible que aquella Venus, cubierta de gasas vaporosas, recostada sobre una concha, y aquella escocesa gentil y aquella elegantísima dama del primer Imperio, y aquella manola descocada y provocativa, y aquel marinerito gallardo, y aquella odalisca seductora, eran esta misma vieja, arrugada como una momia temblona y seca?

Entre los retratos había uno que no era suyo. Representaba un joven como de veinticinco años, de fisonomía simpática y alegre, con bigotillo escaso y ojos expresivos y grandes. Por su aspecto

no parecía un señorito, sino más bien un menestral en traje de fiesta.

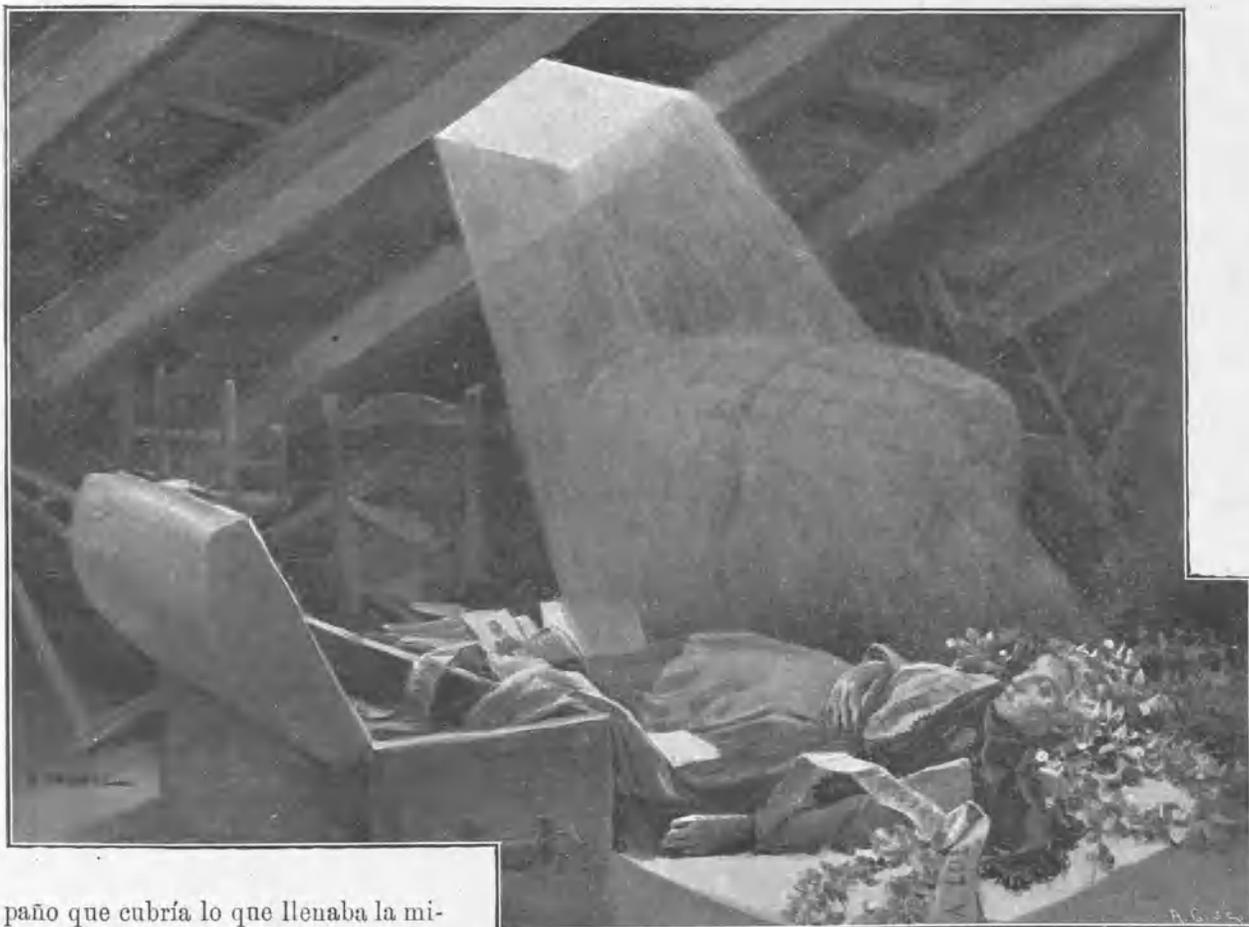
La Lucientes, que había amontonado sobre los periódicos sus retratos con aparente indiferencia, cogió aquel y lo llevó á los labios, dándole un beso apasionadísimo. Luego estrechó sobre su corazón aquella imagen y se echó á llorar, besándola repetidas veces.

Aquel era, sin duda, el único hombre á quien había querido de veras, porque hasta las Lucientes aman siempre á uno, á uno sólo.....

Dejó el retrato sobre los suyos, y levantó el

mero 2..... Á..... ¿qué sé yo? Todos los adjetivos que pueden trastornar el cerebro mejor organizado y más refractario á los efectos de la lisonja y de la vanidad, se leían en aquellos caracteres medio borrosos, con fechas ya lejanas, como la dicha que había pasado.

Una por una fué sacando la anciana todas las coronas, cogiéndolas con mimo, como si temiera que todo aquel símbolo de gloria se deshiciera entre sus manos. Á su izquierda, como había amontonado á su derecha los periódicos y los retratos, colocó las coronas, y como si aquella tarea le hu-



pañó que cubría lo que llenaba la mitad inferior del cofre.

Unas sobre otras, en apretadas capas, había allí muchas coronas de flores contrahechas ó de laurel imitado, éstas con bellotitas doradas, algunas ya rotas. De las coronas pendían anchas cintas de seda, ajadas y descoloridas, pero en las cuales aún podían leerse las dedicatorias. *Á la eminente primera actriz..... Á Paquita Lucientes, sus admiradores..... Á la encantadora artista..... Á la reina de las actrices, los abonados del proscenio nú-*

biese costado un esfuerzo supremo, sintió que se le agotaba la resistencia y que la vista se le desvanecía, y cayó sin sentido sobre el jergón doblado que tenía á su espalda.

Cuando volvió en sí era de noche, y un rayo de luna penetraba por el ventanuco, bañando con luz blanca el sitio que ocupaba la vieja.

Sentía ésta en el estómago una angustia dolorosa, algo como si la oprimiesen con tenazas. Al

pronto no se dió cuenta ni del sitio en que se encontraba; creía hallarse todavía en el lecho del hospital. Luego los objetos que la rodeaban volviéronla á la realidad espantosa, y resuelta á salir á la calle y á mendigar como se había propuesto, quiso levantarse y no pudo.

Le pareció que su cabeza quedaba vacía, pasó por delante de sus ojos una nube roja, y perdió

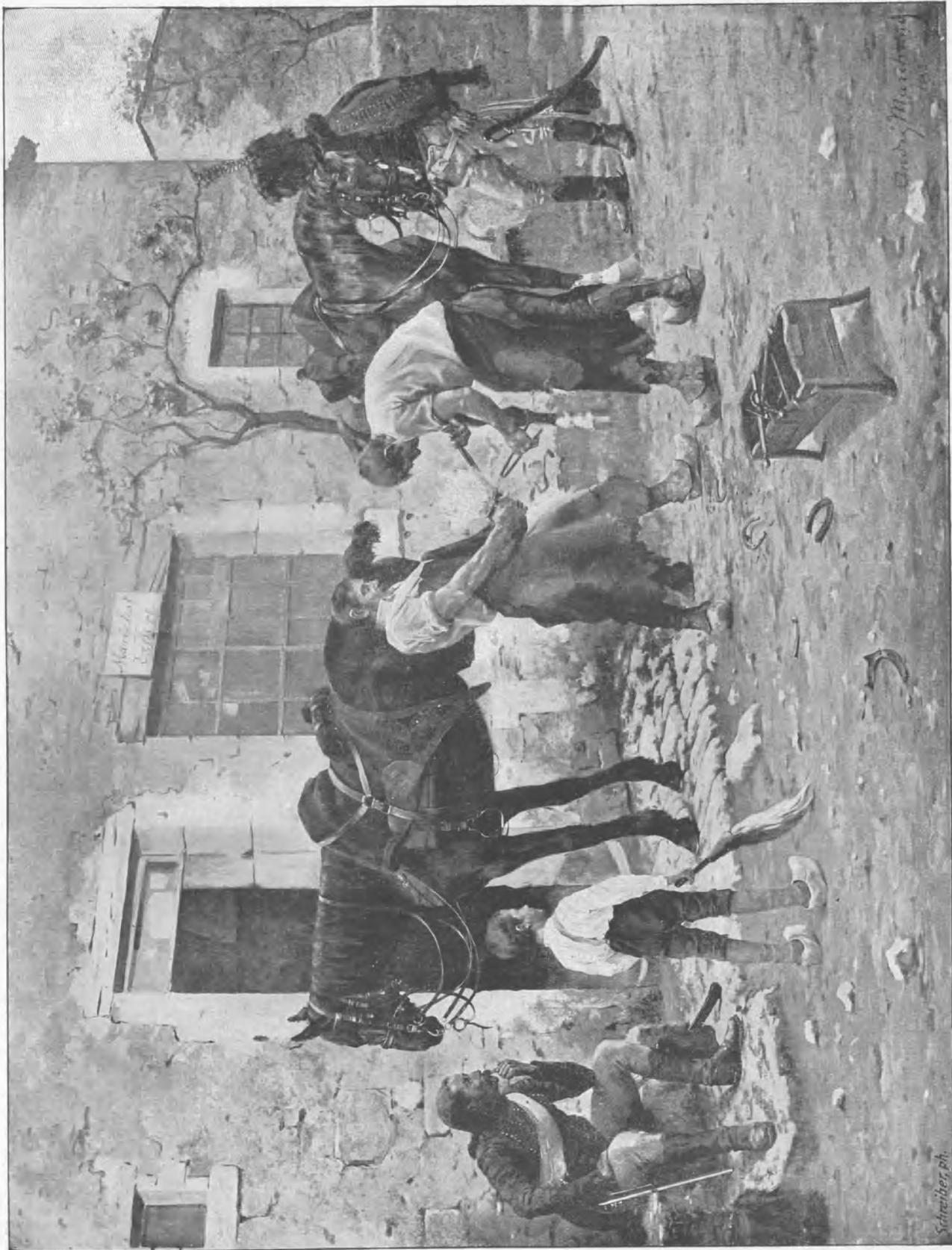
de nuevo el sentido, cayendo hacia la izquierda con la cabeza sobre el montón de coronas secas. Rompió el golpe las bellotitas doradas, y su polvillo cubrió con partículas brillantes, que chispeaban á la luz de la luna, las hebras grises de la despeinada cabellera.

La infeliz Lucientes fué hasta el sepulcro adornada con el oro falso de una efímera gloria.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



UNA GITANILLA.



LOS HERRADORES.
Cuadro de Andrés Marchand.

CANCIÓN MELANCÓLICA.

Aunque hace tantos años
Te aguardo con angustia,
Y al porvenir confío
Mis tormentosas dudas,
¡Yo sé, mi bien amada,
Que no he de verte nunca!...

Tu nombre, no mis labios
Mi corazón pronuncia...
La luz de tu esperanza
Mi obscuridad alumbra,
Y en las terribles horas
De misteriosas luchas,
Cuando las risas cesan,
Cuando los males triunfan,
Te fingen mis deseos
Solfeita á mis súplicas...
Mas «no vendrá» me dicen
Las voces infecundas
Que dentro de mi pecho
Destilan su amargura...
¡Yo sé, mi bien amada,
Que no he de verte nunca!

Te busco en todas partes
Hambriento de ternura;
Persigo de tus pasos
Las huellas que deslumbran,
En el jardín florido
Como en la selva oscura...
Á veces, un instante
Mi espíritu se inunda
De paz y de consuelo,
De gracia y de ventura,
Y cánticos de gloria
Estremecido escucha.
¡Florecen mis rosales!
¡Mis horas se perfuman!...
¡Aparición celeste
Sobre la tierra impura,
Que apenas se presenta
Desaparece súbita!...
¡Yo sé, mi bien amada,
Que no he de verte nunca!

¡Conozco á los heraldos
Que tu llegada anuncian!...

La santa Primavera
Recuerda tu figura,
Las flores se reparten
Tu vaporosa túnica,
Tus ojos resplandecen
Abiertos en la altura,
Los pájaros remedan
Tu encantadora música,
Y el eco de tus pasos
El céfiro modula...
¡Ya tus heraldos todos
Recogen mis preguntas
Y al verme solo y triste
Mis penas hacen tuyas!
¡Yo sé, mi bien amada,
Que no he de verte nunca!

¡Te espero!... Cuando el día
Surgiendo de la bruma
Con la canción del alba
Su triunfo nos anuncia,
Que llegas me parece
Radiante de hermosura...
Cuando su vuelo emprenden
Las ilusiones puras,
Sospecho tu presencia
Junto á su misma cuna.
En la callada noche
Mi pensamiento escuchas,
Alada, tenue, grácil,
Al claro de la luna.
¡Mas cuando á ti me acerco
Con mi ilusión te esfumas!...
¡Yo sé, mi bien amada,
Que no he de verte nunca!

¡Y espero siempre... siempre,
Mujer soñada y única!...
¡Mientras mi sér palpita,
Mientras mi pecho sufra!
Cuando mis ojos cierre
¡Te esperaré en la tumba!
¡Yo sé, mi bien amada,
Que no he de verte nunca!

ANTONIO PALOMERO.



TODO UN PORVENIR

I.

Después de muchas cavilaciones y paliques, ti Saro y Nela, su mujer, acordaron, entre lágrimas de la una y suspiros del otro, deshacerse de la *Lucera*, una hermosa vaca rubia que constituía todo su caudal.

— ¡Hay que sacrificarse, Nela! — dijo el hombre como queriendo justificar lo acordado. — El nuestro Nanduco va ya pa los catorce años y es muy despierto, como dice el señor cura, y sería creminal que por la propia comenencia, ahora que se ofrece proporción de que vaiga á Méjico con el hijo de ti Narizucas, la desperdiciáramos y se nos quedara aquí pa sinfinito el nuestro chincuco, sin otros porvenires que el tener que echar l'alma pa mal comer borona, y ser toa su vida, como semos nosotros, un probe diablo.... ¡Que vuele y corra tierras.... está en la edá!.... Con la maíz que hemos vendío, *ite* más lo que den por la vaca, ya habrá pa lo del barco.... ¡Vamos, no seas tocha, mujer, y no hipes como si tuviéamos defunto en casa!.... ¿Quién sabe si golverá hecho un indianuco, como golvió don Paco, el sobrino de ti Mariquita?....

Por las razones expuestas por ti Saro, una ma-

ñanita, á punto que la luz del alba, aún indecisa y melancólica, cae sobre las montañas como velo de tenue azul, salió Nanduco de su casa con la *Lucera*, camino de la feria de Villasevil, una de las más renombradas que se celebran en el valle de Toranzo.

La *Lucera* delante, detrás Nanduco, emprendieron la marcha: el animal iba á paso lento, interrumpiendo con el sonar de su campano los gorjeos de malvises y jilgueros que saludaban al nuevo día: el mozo llevaba la ajada á la espalda, descansando en los hombros y cogida en sus extremos por ambas manos: hacía el viaje tristón y malhumorado.

No quería él ir á Méjico ni á parte ninguna.... si para esto precisaba separarse de su vaca, de su amiga y compañera de la niñez, de la que fué solícito vigilante y protector, con la que hubo de corretear por prados y montes, confiándole, con esa deliciosa candidez infantil, todas sus penas y alegrías: la hablaba prodigándole los más dulces epítetos y las caricias más tiernas, acogajándose á su cuello, besándola en el testuz. Y la *Lucera*, como si correspondiese á tal afecto, le dirigía con sus grandes y melancólicos ojos miradas que á su manera expresaban gratitud: su áspera lengua lamía la cara y las manos de Nanduco, y á las vo-

ces de éste doblaba las patas arrodillándose, ó se tendía en el suelo, y, mansamente, dejaba que se echase sobre ella y durmiese, ó le adornara los cuernos con ramas de laurel.

Iba el chicuelo ensimismado, caída la cabeza, rumiando su desventura.....

Vender la *Lucera* valía tanto como vender una parte de su corazón: como risueña esperanza vislumbraba el que no le saliese comprador á su fa-

II.

Ya en el ferial, ruidoso, lleno de gente y de ganado, Nanduco ató á la *Lucera* de la rama de una cajiga, y sentándose él á su pie, pasó toda la mañana y gran parte de la tarde contemplando tristón á su vaca, acariciándola, llamándola «su



vorita..... Y con la hermosa fe de los catorce años, deteníase en su marcha al enfilear por delante de los humilladeros que encontraba al paso, y, arrodillándose, pedía á las toscas imágenes de hierro ó madera que en cada uno de éstos se reverenciaba, que no tuviese la *Lucera* ningún postor en el ferial.

Arrastrado por la inquieta fantasía, recordó haber oído referir en la aldea no sé qué historia de un infeliz que halló un tesoro, y pensó que tal vez pudiera ser él un afortunado parecido..... Y ansioso miraba á la tierra y al pie de los bardales y espinos, esperando de momento en momento tropezar con un bolsillo repleto de monedas ó con una cartera henchida de billetes de Banco..... Pero sólo tropezaba con piedras, que es lo único que se encuentra en los caminos de travesía.



vida», «su cielo», temblando cada vez que se acercaba alguien que tuviera traza de feriante..... Al medio día, sacó del bolsillo un pedazo de torta y la mordisqueó sin gana..... Fué toda su comida..... Las dos pesetas que le dió su madre para beber un cuartillo de Rioja, comprar fruta ó lo que quisiera, sepultadas quedaron en el bolsillo.

Abstraído en sus penosas meditaciones, para él la feria no existía, é impasible veía el aspecto animadísimo que ofrecían los prados, en donde los de cada pueblo formaban su rancho aparte de los demás; los tenderetes y tiendas armadas por los vendedores; el continuado trasiego de feriantes, vacas, toros, bueyes y terneros: el ruido era heterogéneo, imponderable; las voces de los vendedores ambulantes uníanse á los sonos de pandere-tas y cantos de los corros donde bailaba la gente

moza del país; en otros corros había un mal violín, y eran los señores los que danzaban; los gritos y vocerío, como de colmena, de millares de



concurrentes, eran acompañados por el continuado mugir de las reses que, de pie ó echadas, rumiando, paciando, dormidas ó quietas, permanecían libres ó amarradas á las cajigas que corrían á lo largo de los prados trazando sus lindes.

Nanduco empezaba á tranquilizarse: ya era avanzada la tarde, á Dios gracias, y en cuanto el sol, como hostia de oro, descendiera por com-

pleto al cáliz gigantesco que semejaba trazar el más alto picacho de la montaña por donde trasponía, retornaría gozoso el muchacho á sus lares, junto con su *Lucera*.

Pero, sin duda, no fueron escuchadas en el cielo las fervientes súplicas del montañés, por cuanto acercóse á la vaca y quedóse la contemplando de testuz á rabo con aire de inteligente, y por largo espacio de tiempo, un hombre ya viejo que vestía á usanza del país: sombrero negro, flexible, de alas cortas, chaqueta de paño holgada y pantalón azul; traía el tal un par de zapatos al hombro, un gran paraguas terciado á la espalda, y en la diestra la imprescindible vara de fresno que remataba en un pincho.

Nanduco tembló de pies á cabeza: conocía, por ser de su pueblo, al que tan atentamente examinaba á su *Lucera*: seguro que aquel diablo de ti Quicón se la compraba.

—Nanduco, ¿cuánto?—preguntó sin más preámbulos el viejo.

—Veinte doblones—tartamudeó dolorosamente el chico.

—Diez y ocho.

—¡Veinte!

—Diez y nueve te doy y el alboroque pa ti....

—No, señor; veinte—afirmó Nanduco con fiera energía.

—No los vale—refunfuñó el viejo alejándose despacito, volviendo la cabeza de vez en cuando hacia el grupo que formaban el chico y la vaca.

Perdióse de vista el hombre, suspiró satisfecho Nanduco, y volvió á ponerse pálido y tembloroso al ver que ti Quicón reaparecía, dirigiéndose de nuevo hacia él.

—Los caprichucos hay que pagarlos—empezó sentenciosamente.—Me he encaprichao con la tu vaca y me la llevo.... ¡Abí van los veinte doblones!

Sacó el viejo del bolsillo interior de la americana una carterita de piel toda mugre, la abrió, extrayendo un paquetito de billetes de Banco de veinticinco pesetas, atados con un bramante.

Contó hasta doce de aquellos papelitos, y entregándoselos á Nanduco, que tenía los ojos arrasados en llanto, le dijo:

—Cuenta: veinte doblones.

Contó trémulo el vendedor, mientras que el viejo desataba á la *Lucera*.

—Está bien, ti Quicón—balbució el chico.

Y corriendo hacia la res, la dijo abrazándose á ella y llorando:

—¡Adiós, *Lucera* de mi alma, adiós!....



—¡Bah, bah, no seas simplón, chicuco!— advirtió el viejo;—no llores por tan poco.... ¡Vacas hay muchas!.....

—¡Pero como la mi *Lucera*, ninguna!.....— sollozó Nanduco.

III.

Ni él mismo se dió cuenta de cómo había llegado á la puerta de su casa: detúvose como sorprendido; la luz de la luna alumbraba poéticamente la tierra.

Alzaba ya Nanduco la mano para llamar á la puerta, cuando oyó cerca el sonido de un campano.

—¡Bendito sea Dios!..... ¡Esa es mi *Lucera*!.....— se dijo entre sorprendido y gozoso.

Efectivamente; la *Lucera* desembocó por una de las callejas.

Corrió el muchacho á su encuentro, y abrazándose á ella, dijo con voz que resonó en el silencio de la noche como un canto de gloria:

—¡Ya no me separaré nunca de ti!..... ¡Nunca jamás!..... ¡Devolveré sus cuartos á ti Quicón!.....

Dicho esto, golpeó reciamente á la puerta.

Abrióse ésta, y se destacó en el umbral la figura de ti Saro.

—¿Qué?... ¿No la has vendido?.....

—preguntó sin tratar de ocultar su satisfacción.

—No, padre; no hay quien compre á la *Lucera*.

—¡Lo siento por ti, hijuco!..... Tu viaje y tal vez todo tu porvenir estaban en que la hubieses vendido.....

—¡No importa!

Dijo esto Nanduco con acento de heroica resolución.



ALEJANDRO LARRUBIERA.



EL CARDO.

En el campo donde nace,
Es copia y símbolo fiel
Del hombre astuto y cruel
Que en la maldad se complace.

Ambos presentan al par
Flores que no dan olor,
Mustias hojas sin verdor
Y espinas que hacen llorar.

Yo, si algún cardo prefiero,
Aunque todos son dañinos,
Es el que los campesinos
Llaman cardo borriquero.

Como, sin hacerle agravio,
Encuentro de más aguante

La humildad del ignorante
Que la presunción del sabio.

Hombres cardos hallarás
Por donde quiera que fueres;
Harás bien si les huyeres,
Y el contagio evitarás.

De ellos los más peligrosos
Son los ricos egoístas,
Los avaros, los dualistas,
Los tercios y los celosos.

Del amor hijos bastardos,
Á los cuales en rigor
Debe azotar el amor
Con un manojo de cardos.

Manuel del Palacio.

Art. J. M. Lumbrey

CABEZA Y BRAZO.



DIERON las once en el reloj del gabinete, y Alejo cerró el libro en que leía desde las ocho.

Debía madrugar al día siguiente para visitar en el Museo la exposición de las obras del Greco, organizada tiempo hacía, y en el estudio de la cual se habían ocupado todos los periódicos. Se anunciaba la clausura para el otro día y, no queriendo perder la ocasión de contemplar reunidos tantos cuadros del genial pintor, había decidido levantarse temprano para que le quedara libre la tarde y poder asistir á un banquete que en los Viveros habían organizado unos cuantos amigos. Un original banquete. Se trataba de ridiculizar las comilonas con que en Madrid se festeja á cualquier medianoche que lleva á cabo cualquier vulgaridad.

El almuerzo se debía celebrar en honor de *Garibaldi*, el pobre loco que recorría las calles de la corte cargado de medallas y cruces, haciendo sandeces y hediendo á vino.

Día completo: por la mañana el *Theotocópuli*, por la tarde *Garibaldi*.

Alejo Alcíd era un elegante y un intelectual; sus amigos, al murmurar de él, motejábanle de *poseur*, de *diletante* y de *snob*, según el modo de pensar y el idioma que se jactaba cada uno de conocer.

En el fondo era un buen muchacho que trataba de divertirse cuanto podía.

Abandonó la butaca perezosamente y dirigióse á la alcoba.

Cuando estuvo acostado, púsose á meditar sobre las ideas que el autor de la novela que había estado leyendo desarrollaba en el curso de la acción interesante.

Mostrábase el escritor como un escéptico del arte, burlándose sobre todo de *los momentos de inspiración*. «La musa que acude en auxilio del artista» era para él una frase huera; todas las grandes creaciones de los músicos, de los poetas, de los pintores, de los arquitectos, de los escultores, no fueron producidas más que por cerebros sanos, bien dirigidos y equilibrados. Nada de improvisaciones, nada de arte infuso; la práctica, la ciencia, la madurez y el estudio lo eran todo. Y el novelista aducía razones y ejemplos.

Alejo Alcid estaba muy cerca de pensar como él. Recordaba cierta noche en que, desde el escenario del teatro Español, asistía á la representación de *El Alcalde de Zalamea* por un gran trágico. Este, justamente en la tremenda escena en que el protagonista, amarrado á un árbol, presencia la deshonra de su hija, estuvo bromeando en voz baja con los que se hallaban entre bastidores, en tanto que el público en la sala latía de entusiasmo ante la inspiración y el arte exquisito demostrado por el actor.

El, Alejo, había visitado en sus talleres á los grandes maestros de la pintura, y los vió trabajar como cavadores, luchando con el color y con los modelos, que agriaban el gesto si la postura era violenta, ó que se dormían si la *pose* era cómoda. ¿Cómo habían de *sentir*, preocupados por todos aquellos detalles materiales?

Conocía vates de alma vulgar y prosaica, cuyos versos parecían esculpidos por un espíritu elevado y poético. Sí, el autor del libro tenía razón; el arte no es más que la ciencia de los colores, de las notas, de las proporciones, de las palabras y de las líneas

Por su parte, no había sentido nunca la emoción artística sino por la belleza de la forma, y esto le afirmaba más en aquella opinión.

Al llegar aquí en sus meditaciones, sintió chisporrotear la lumbre en la chimenea. Se había olvidado de apagarla y, temiendo que pudiera prender fuego á la alfombra, levantóse, tomó la botella de agua de la mesa de noche, y fné andando á tientas hasta el gabinete.

La luz rojiza de la candela jugueteaba en los muebles tinéndolos de cadmio, alargando las sombras confusas.

Roció el agua sobre las brasas, que gimieron, envolviendo su mano en un vaho ardiente.

Cuando el brillo de las ascuas se hubo apagado, permaneció Alcid en la obscuridad oyendo el rumor de los carbones calientes que chirriaban produciendo sonidos débiles como de lejanos casacaheles, de silbidos, de campanas, de extrañas músicas....

Se había inclinado hasta meter la cabeza en el hueco de la chimenea para no perder ninguno de aquellos ruidos apagados y misteriosos, y, cuando éstos se callaron, atrajo su atención el eco de otros sonidos, también lejanos, pero reales: el rodar de los coches, el vocear de los vendedores de periódicos, el bullir de gran ciudad que llegaba á sus oídos bajando por el tubo de la chimenea, que los recogía allá arriba, de sobre los tejados.

Nunca observara aquel fenómeno, y recreándose en él estaba cuando escuchó, mucho más cerca, ruido de martillazos y la voz airada de un hombre que decía:

— ¡Basta! ¡Basta!

Alejo Alcid, sorprendido en un principio, no tardó en explicarse la claridad con que se oía el martillar.

El cañón de la chimenea de otro piso debía desembocar en el de la suya, y esto, haciendo las veces de un verdadero tubo acústico, le permitía oír los ruidos que se producían en la habitación vecina.

Iba á retirarse á dormir, cuando percibió la voz del hombre, que mandaba, esta vez con menos aspereza.

— Un poco más, junto al pie.

Volvió á sonar el martillo, y una voz femenina de exquisito timbre interrogó:

— ¿Esto?

— Sí, sí.... — dijo el hombre en tono distraído. — Volvamos á la cabeza.

Se sintió arrastrar un mueble, una butaca ó un sillón; después rodar una cosa pesada, y luego las voces del hombre y la mujer resonaron, pero en tono tan bajo, que Alejo Alcid, por más que aplicaba toda su atención, sólo entendía palabras sueltas: «expresión», «dureza», «aún nó», y un ruido metálico como el de golpear sobre una barrilla de acero.

Observaba, sí, que las palabras eran cada vez más anhelantes, más cálidas. Á veces el hombre parecía lloroso y la hembra consolaba, otras el tono de él era imperativo, rápido, y el de ella su-

miso, interrogador; y el tintineo metálico no cesaba.

Al fin la voz masculina gritó:

—¡El espejo!

Sonaron unos pasos menudos sobre un suelo entarimado; después el hombre continuó:

—Hazla girar.

Volvió á rodar la cosa pesada, y la mujer preguntó:

—¿Estás satisfecho?

—De ti sí, de mí no.

—¡Serás grande á pesar de todo!

Sonó un beso prolongado.

Alejo, que se preciaba de observador perspicaz y conocedor de las gentes, opinó que aquel beso no era el de una enamorada.

No oyó después nada. Sentía frío y buscó el abrigo de la cama, tratando de conciliar el sueño.

Durante dos horas no pudo conseguirlo, preocupado en adivinar el sentido de las palabras que hasta él habían llegado, haciendo conjeturas sobre quiénes podrían ser sus vecinos y sobre sus manipulaciones nocturnas.

Desde luego le pareció que debían habitar el piso inferior al suyo, y, después de muchas cavilaciones, decidió aguardar el día y preguntar al portero, que de fijo le aclararía el misterio.

En esta esperanza durmióse al fin como un bendito.

Á la noche siguiente, cuando entró en casa se acordó de su espionaje de la víspera, y, pensando que tal vez si acechaba de nuevo podría satisfacer su curiosidad, introdujo la cabeza en el hueco de la chimenea apagada, y escuchó.

Nadie hablaba, pero el ruido metálico repetíase incesantemente. La voz del hombre vibró al cabo de un momento.

—Más, más acusada la ceja.

Y el timbre femenino, después de una pausa:

—Es verdad, ahora la vida aumenta.....

—Pero, señor, ¿qué harán?—se preguntaba Alejo, más intrigado cada vez.

Aquella mañana había interrogado en la portería, sin sacar nada en limpio.

Le dijeron que se trataba de unos inquilinos recién llegados de fuera. Primero llegó la criada, una mulata que apenas si habría pronunciado veinte palabras desde que vivía en la casa. Cuando

estuvo limpio el cuarto, ella misma dirigió la instalación, que fué tarea larga, porque los muebles, que venían sólidamente embalados, debían ser de lujo, según el cuidado con que los transportaban, y algunos de los cajones eran tan pesados, que para moverlos hacían falta ocho ó diez hombres. Cuando todo estuvo dispuesto llegó un carruaje, del que descendieron un caballero joven muy pálido y una señorita guapísima. Entraron en la casa, y desde entonces no habían vuelto á salir. Lo único que dijo la mulata fué que sus señores eran *hermanito*.

Esto fué todo lo que pudo averiguar Alejo Alejo de sus misteriosos vecinos.

Y seguía escuchando. De tiempo en tiempo sonaba el pesado rodar, interrumpiéndose el martilleo.

Resonó la voz masculina.

—¡Si se le pudiera dar un corazón!.....

—Ya lo tiene—dijo ella.—Parece que el pecho palpita.

—¡Infundirle mi alma!.....

—Ya brilla en sus ojos.

Alejo se apartó de la chimenea. Había discursado un medio que tal vez pudiera apagar su curiosidad rabiosa. Abrió un balcón del gabinete que daba al patio. A la altura del piso corría un suelo de cristal deslustrado muy grueso, que servía de desahogo al cuarto, haciendo las veces de lucerna para las habitaciones inferiores.

En aquel momento los cristales aparecían iluminados por debajo, lo que confirmaba en algún modo sus conjeturas de que los ruidos debían partir precisamente de aquella parte.

Saltó con sigilo sobre la armazón de hierro, y buscó cuidadosamente alguna rendija que le permitiera ver lo que pasaba en el salón bajo.

Cuando juzgaba imposible su empeño observó que uno de los cuadrados de vidrio estaba dispuesto de modo que desde abajo se pudiera levantar y sirviese de ventilador.

Tiró suavemente, y con grande alegría notó que iba cediendo. Cuando lo hubo levantado cosa de cuatro dedos, lanzó una ojeada al fondo de la habitación.

Era el estudio de un escultor. Bustos de piedra y vaciados de escayola, bocetos de barro y de pastelina, útiles de trabajo, veíanse repartidos sobre las mesas y caballetes ó colgados de las paredes.

Ocupando el centro del taller había una estatua, y ante ella, sosteniendo en la diestra un mazo

y en la izquierda un cincel, una joven morena y delicada, de cimbreante talle y purísimas facciones.

El curioso mirón examinó á la mujer de carne antes que á la mujer de mármol.

Aparecía ésta desnuda, en toda la arrogancia de la juventud y de la fuerza. Cerca de ella dos serpientes se arrastraban humildes, como seducidas por un crótalo que zarandeaba su mano siniestra. Un tercer reptil se erguía indómito, amenazador, ante la encantadora, que le contemplaba algo sorprendida de la audacia, pero sin rastro de temor, segura de su poder, tratando de subyugarla con la intensa mirada.

No obstante hallarse Alejo en un plano muy superior al en que se había de contemplar la obra, quedó admirado de la enorme cantidad de vida que atesoraba aquel trozo de piedra, y de la expresión de aquel rostro marmóreo, en el que se leían claramente el sentimiento de la vanidad ofendida por la rebeldía del animal y la voluntad dominadora, terrible, vibrando en los ojos de la estatua, no por esto desposeída de gracia femenil.

Alejo Alcid levantó un poco más el vidrio para ver al hombre, que en aquel momento hablaba.

Hallábase envuelto en amplio abrigo y arrellanado en un sillón de vaqueta oscuro, labrado y deleitoso como asiento de coro medioeval.

La frente espaciosa y nacarina, la nariz afilada y correcta, la forma de su cabeza, que hubiera podido servir de modelo á un frenólogo como tipo de cráneo bien ponderado y perfecto, demostraran una nobleza y un talento no comunes, si hubiera ne-



cesidad de ello después de ver aquellos ojos grises é inquietos, en los que resplandecía una inteligencia extraordinaria.

Contemplaba la obra con prolija atención, y dirigía la vista después á un espejo, colocado sobre un soporte cerca de él, en donde debía verse la escultura, buscando, sin duda, en la inversión de la imagen cualquier defecto de línea que se le pudiera haber escapado, por la costumbre de mirarla directamente.

—Hay que marcar más las comisuras de la boca—decía.

La joven, con una destreza y una soltura que indicaba la costumbre de aquel trabajo, golpeó suavemente con el cincel en el indicado sitio. La boca adquirió mayor expresión.....

Y así, *dictando* él, ejecutando ella, iba perfeccionándose la obra.

Desde su observatorio el joven creía asistir á un sueño. Era exquisito cuanto pasaba allá abajo: una atmósfera de arte parecía circular por el estudio, llegando hasta él por el respiradero, envolviéndole en delicioso ambiente. Figurósele aquello un mentís animado á sus pensamientos de la víspera. Vió en el hombre representada la inspiración potente, creadora, ese *algo* sobrenatural; en la mujer la mano que exterioriza las ideas.

Y la nobleza, la poesía que todo allí emanaba, alucinó de tal modo al escéptico, que creyó ver

un rayo luminoso y divino partiendo de los ojos del hombre hasta la hermana, como nervio rutilante que ponía en comunicación la cabeza y la mano.

Mucho tiempo transcurrió; al fin hubo una pausa, y la ejecutante, viendo que la *inteligencia* nada más decía, permaneció quieta y muda.

El escultor habíase incorporado, y se puso á contemplar la estatua desde distintos puntos de vista.

La joven se le acercó, preguntando con timidez:

—¿Estás contento ahora?

El sonrió vanidosamente.

—Casi.

Una alegría y una ternura inmensa demostró en su rostro de virgen la *obrero*.

Después apretó entre sus manos blancas y nerviosas la cabeza del creador y la besó de un modo supremo.

Un movimiento del artista hizo resbalar y caer el abrigo que le cubría, y Alejo Alcid pudo apenas ahogar un grito de asombro viendo que el escultor no tenía brazos.

Estaban cortados casi á cercén, y los muñones que arrancaban de los hombros se agitaban vanamente, pretendiendo abrazar el cuerpo de la hermana.....

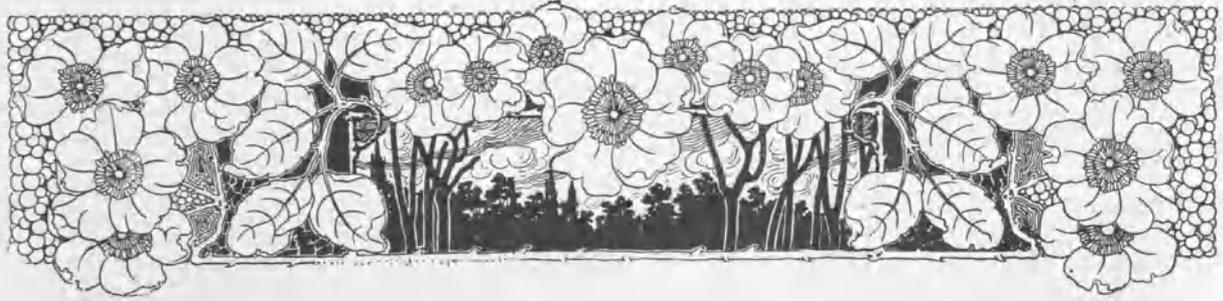
J. SÁNCHEZ GERONA.





VENDEDORA DE FRUTA.

Cuadro de Blas.



VIDA UNIVERSAL.

Cuando, lejos del bullicio de la corte populosa,
Oigo atento la voz grave de la austera soledad,
Mientras luce ante mis ojos, siempre espléndida y grandiosa,
La inmortal Naturaleza su imponente majestad;

Me parece que la sangre que circula por mis venas
Va el vigor y la alegría difundiendo por mi sér,
Y que el alma, quebrantando sus durísimas cadenas,
Puede el libre y rauda vuelo por la atmósfera tender.

Y, á la par que, revestida de su pompa soberana,
Su belleza incomparable me descubre la creación,
Más hermosa y esplendente que la luz de la mañana,
En mi espíritu extasiado resplandece la ilusión.

Y en un punto se confunden la fugaz y pasajera
Fortaleza y lozanía de mi ardiente juventud,
Del amor y la esperanza la perenne primavera,
Y del mundo siempre joven la fecunda plenitud.

Y sintiéndome arrastrado, como junco desprendido
Que arrebatada entre sus ondas rapidísimo raudal,
En su indómita corriente me arrebatada confundido
El torrente desbordado de la vida universal.

Como río caudaloso que fecunda la pradera,
Y las márgenes reviste de hermosura y de verdor,
La corriente de la vida, que circula por doquiera,
Engalana el universo con la dicha y el amor;

Y doquiera al difundirse, rumorosa y palpitante,
Hace al ave el blando nido de los árboles colgar,
Á la savia henchir las ramas y latir al pecho amante,
Entreabrirse á los capullos y á los gérmenes brotar.

No es la fiebre que, ardorosa, desordena y precipita
De la sangre que se inflama la normal circulación,
Ni el latido apresurado con que á intervalos se agita
Nuestro pecho estremecido por la indómita pasión.

Es un ritmo sóssegado, cadencioso y uniforme
Que á compás hace moverse desde el átomo hasta el sér,
Una fuerza que, enlazando lo pequeño con lo enorme,
Dominando á cuanto existe, lo consigue someter

Á una ley inexorable que gobierna á un tiempo mismo
Á los mundos que recorren el espacio sideral,
Y al polipero invisible que, en el fondo del abismo,
Incesante y persistente, labra escollos de coral.

Es un fuego tibia y suave que calienta y que ilumina,
Sin quemar con sus ardores ni segar con su fulgor,
Cuya lumbre inextinguible, que ni crece ni declina,
Se refleja y reproduce con distinto resplandor,

En el débil centelleo con que irradia y fosforesce
La luciérnaga que bulla bajo el césped del jardín,
Y en el brillo de la estrella que inmutable resplandece
En el ancho firmamento sin barreras ni confín,

¡Oh inmortal Naturaleza! ¡Quién pudiera en fuerte abrazo
A ti unirse, y, olvidando la mundana agitación,
Descansar sobre tu seno, como el niño en el regazo
De la madre que le arrulla con monótona canción!

Cuando absorto en tu hermosura, si del mundo en que peleé
Dejo luchas y flecciones, y á ti acudo á recobrar
Con tu mágico contacto fuerza y vida, como Anteo
La terrestre superficie con sus miembros al tocar;

Contemplando el movimiento de las mareas ó las olas,
Que impulsadas de la brisa por el soplo halagador,
Matizadas ó ceñidas por espumas ó amapolas,
Se columpian dulcemente con su avivísimo rumor;

Escuchando la armonía que producen los pináres
Cuando, fiero, los sacude con su soplo el huracán,
Ó admirando sobre el ara de tus rústicos altares
La fulgente y destructora llamarada del volcán;

Al gozar tanta hermosura con el alma y con los ojos,
Exaltado y conmovido por febril admiración
Que me rinde y me anonada, prosternándome de hinojos,
Adorando tu grandeza, te bendigo con pasión.

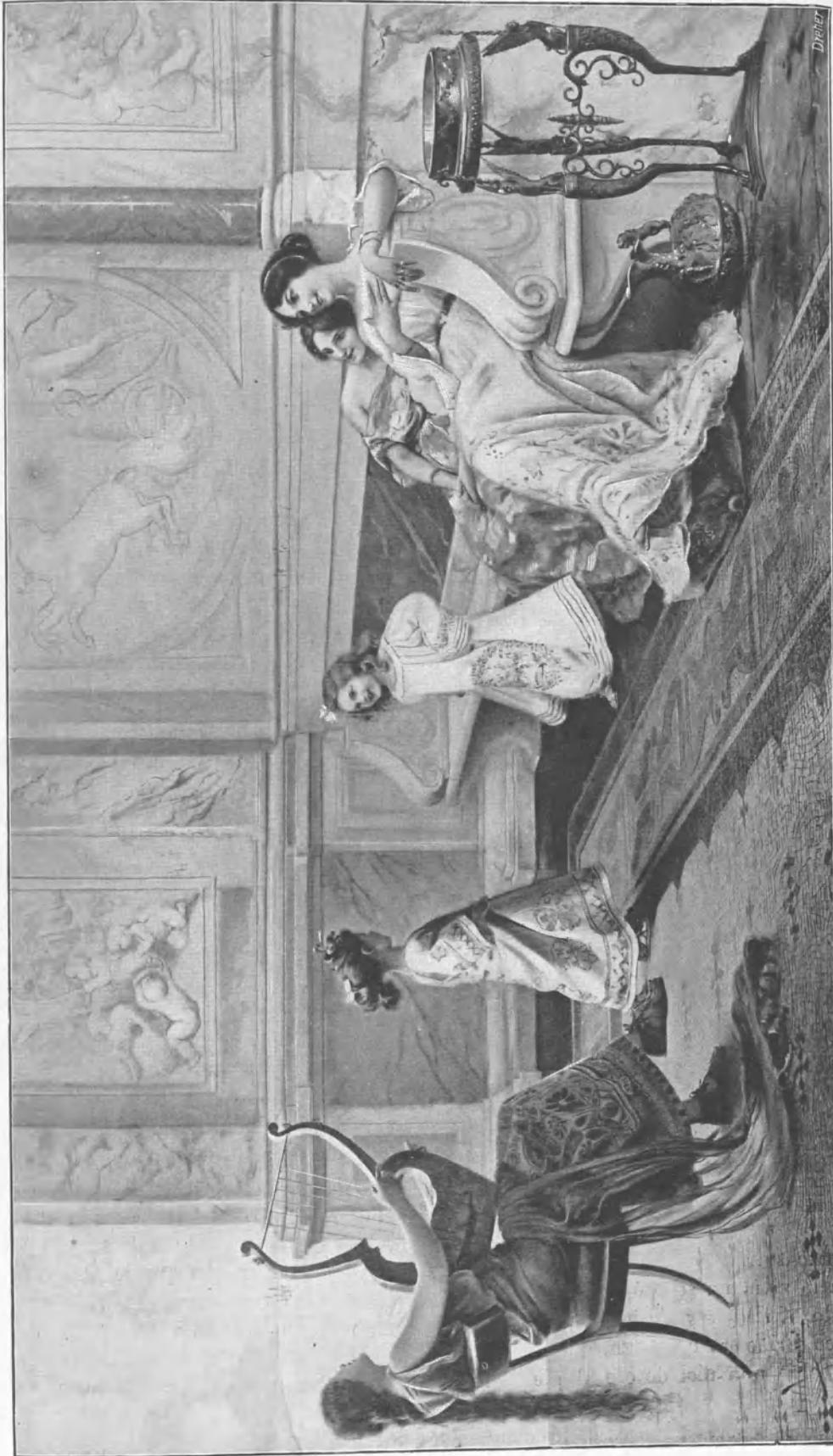
Mas mi espíritu, agitado por el dulce y vago anhelo
Que despierta tu hermosura, se comienza á estremecer,
Y, queriendo de sus alas ensayar el libre vuelo,
Se revuelve y forcejea sus prisiones por romper.

Y levanto, mientras vibra, como lira que resuena,
Inflamado el pecho mio por ardiente y nuevo amor,
El espíritu y los ojos á la bóveda serena
Que ilumina de los astros el fulgente resplandor.

Así, en medio de la selva, cuyo indómito ramaje
Que se enlaza y se entrecruza forma espléndido dose
El espejo de sus aguas tiende el lago, y el follaje
Espesísimo y sombrío se refleja sólo en él.

Mas, si acaso, desgrefiando la espesura, el bosque agita
Con su racha silbadora repentino vendaval,
Al través de la enramada, que entreabriéndose palpita,
El azul resplandeciente de la bóveda infinita,
Del undoso y limpio lago se retrata en el cristal.

MANUEL DE SANDOVAL.



EL ENSAYO.
Cuadro de Vasari.

LA NIÑA Y EL PERRO.

NOCHE DE INVIERNO.

ERA una calle antigua, estrecha y tortuosa: la civilización moderna, al menos en la construcción de barriadas, procede por líneas rectas, y eso que hay quien le niega toda *rectitud*.

En cambio lo antiguo es tortuoso y está lleno de arrugas, como la cara de los viejos.

Las casas eran de muy variado aspecto: ya caserones antiguos, de enorme portalón y escudo de armas encima, moradas aristocráticas que debieron ser en su tiempo palacios y cuyas fachadas aparecían mohosas y arrugadas como los pergaminos de sus dueños; ya casuchas viejas de un sólo piso; ya, en fin, casas modernas, pero envejecidas antes de tiempo y destinadas á inquilinos pobres, de esos que se aprietan como fruta de desecho en cestos desquiciados.

Todo esto se adivinaba, no se veía, porque eran las horas del amanecer tristísimo de un día de invierno nublado y lluvioso.

Enfrente de uno de aquellos antiquísimos palacios habían construido una casa grande y pobre y para muchos inquilinos, todos ellos gente de muy escasos recursos.

En el palacio vivía un señorón, rico, solitario, viudo, sin hijos y de bastante edad. Su único cariño era un perro, que solía dormir sobre una piel de oso al pie de la cama de su amo.

Los dos eran los señores de la casa; los demás eran los criados, y bajando en la escala y por las



escaleras, todavía se encontraban los caballos de tres ó cuatro coches.

En aquellos salones, lujosos con lujo rancio, pero eminentemente aristocrático, llenos de retratos, de bargueños, de reposteros y armaduras, condensaciones artísticas de siglos que pasaron, notas solemnes de un arte y de una gloria que ya no son, paseaban durante largas horas, su dignidad el noble, su aburrimiento el perro.

El noble miraba las armaduras y los retratos, y pensaba en las hazañas de sus antepasados; el perro le seguía sumiso y leal, pero soberanamente aburrido, ó presutando oído atento á los ladridos lejanos de otros perros peor cuidados, sin duda, más villanos, de seguro, pero más felices en su libertad vagamunda.

Y así corrían los años, los días, y tras unas horas, otras tan insulsas como las anteriores.

En las horas de aquella madrugada, el amo dormía sobre su ancho y majestuoso lecho; el perro estaba desvelado y arañaba en la puerta como buscando una salida. Era evidente que había soñado con sueños de libertad y que le pesaba más que nunca su grandeza.

Dejemos al amo dormir, al perro arañar, y salgamos como vapor sutil por las rendijas de las puertas; ya en la calle, entremos por el mismo procedimiento gaseiforme en la casa de enfrente.

En ella se contaban acaso por centenares los

habitantes. Obreros, menestrales, empleados de poco sueldo, y allá, en las guardillas, algunos portadores.

No había armaduras gloriosas; cuando más, como armazón metálico, algunas máquinas de coser, de las más baratas. No había cuadros de generales, magistrados, abadesas, almirantes, príncipes ó princesas de otros tiempos; si acaso, algún cromó chillón, ó algún santo triste, algún mártir regocijado, ó como límite del lujo, tal ó cual fotografía de las de cinco pesetas la docena.

Si en el palacio las antiguas grandezas se iban deshaciendo en polvo, en esta casa de vecindad las pobreza modernas atraían sobre sí todo el polvo modernísimo de la atmósfera.

La fórmula cruel del Miércoles de Ceniza impera por igual en lo antiguo y en lo moderno.

En la más sórdida guardilla, que ya casi ni guardilla era, sino algo así como un rincón del tejado, sobre un jergón sucio y exhausto, daba

Al fin entraron por las rendijas de la mal encajada ventana algunos rayos de luz, y la vieja despertó á la niña, diciéndole con voz cascada y con tono chillón:

—Despierta, Carmita, que ya es tarde, y hoy tienes que salir sola á pedir, porque yo me siento muy mala; si puedo, luego iré á buscarte. Ya sabes dónde pedimos.

Por el pronto, la niña no hizo caso, siguió durmiendo; pero al cabo de un cuarto de hora los gritos de la vieja consiguieron despertar á Carmen. Se levantó soñolienta, se desperezó con movimientos graciosos de pajarillo que sale del nido, y protestó varias veces, medio llorando, de que era todavía muy temprano y de que no había gente por las calles. Mas la vieja fué implacable. Y sus razones eran sólidas y fundadas.

Por el sitio en que ellas pedían pasaban precisamente á aquella hora muchas cocineras, y era probable que le diesen algo á la niña, con lo cual



vuelta una pobre anciana, buscando la menor dureza posible sobre el mal disimulado ladrillo de la habitación, y el calor menos hipotético bajo la sutil manta que cubría su cuerpo; resultando siempre en contacto con los rotos ladrillos del suelo y con el frío ambiente de la atmósfera.

Envuelta en otra manta más chiquita, y sobre aquel suelo, que no nos atrevemos á llamar santo mientras no se nos pruebe que tales santos son mártires, dormía una niña de cuerpo extenuado, pero de cabeza angelical.

Y seguía revolviéndose la vieja, y seguía durmiendo la niña, y seguían el ladrillo duro y la atmósfera glacial.

tenía el desayuno asegurado, que de otro modo no había desayuno.

Esta última consideración pesó mucho sobre el espíritu reflexivo de Carmita.

Secó con los puñitos de sus manos chiquituelas aquellas primeras lágrimas, que no serían las últimas del día, y diciendo: «Adiós, abuela», empujó la puerta, salió al tramo de la escalera, y empezó á bajarla lentamente y con trabajo, porque era muy chiquita la niña y los escalones eran muchos y muy altos.

Mientras iba descendiendo penosamente, y sentándose de cuando en cuando para dormir un ratito, el perro del caserón de enfrente había conse-

guido que le abriesen la puerta y bajaba en unos cuantos saltos la señorial escalera de la noble morada, llegando en ocasión en que el portero abría el pequeño postigo de la gran puerta.

Esto fué á punto en que la niña de la casa de enfrente ponía sus piececitos en la estrecha y descompuesta acera.

El perro y Carmen se conocieron; no era la primera vez que se veían; eran antiguos amigos. Empezaron sus relaciones un día en que el perro, después de lamerle á la niña las manos, le quitó un mendrugo de pan y se lo comió de un solo bocado: prueba evidente de confianza y afecto.

Realmente desde entonces se querían mucho.

—*Sultán*—gritó la niña al verle salir gallardo y regocijado de la noble morada.

El perro no dijo nada, pero meneó la cola de una manera expresiva, y se fué al encuentro de Carmen, lamiéndole la cara y las manos, ya que no podía darle los buenos días por imperfección de sus cuerdas vocales.

Y los dos se fueron juntos y alegres á sus negocios, que eran: para la niña pedir limosna, y para el perro acompañar á la niña, respirar el aire de la mañana y pasear libremente; que más gozaba *Sultán* en estas escapatorias, que cuando iba en el coche blasonado de su amo y señor.

La asociación de aquellos dos seres cándidos, porque cándida era la niña por su edad y cándido el perro por pureza de condición, fué provechosa para ambos, como lo demostraron los acontecimientos.

La niña consiguió alguna fruta y algunos mendrugos. La fruta fué para Carmen, y para el perro los mendrugos, y sazonado todo con risas, juegos y alegría, que son buenos condimentos.

Pasaron las horas, aumentó el número de transeúntes, y la niña pudo ejercitar en mayor escala su pedigrifeña industria.

Cuando la niña pedía limosna, hostigando con sus lloriqueos á alguna persona, y ésta era dura de condición, se enojaba *Sultán*, y ladraba desatadamente, sin duda porque creía, en la sencillez de sus juicios, que Carmen lloraba de veras, y que el transeúnte causaba alguna pena á su buena amiga.

No faltaba quien se enojase, creyendo ver una coacción en los ladridos del perro, y hasta amenazaban á la niña con llamar á los agentes de Orden público; porque hay personas muy severas y que no están dispuestas á tolerar tales abusos.

Pero á otros, y eran los más, porque la humanidad no es tan mala como se dice, les hacía gracia el procedimiento, y las limosnas menudeaban, y hasta algún caballero le ponía al perro la moneda entre los dientes para que se la llevase á la niña.

¡Qué hubiera dicho su noble amo si hubiera sabido que *Sultán* se dedicaba á la mendicidad! Pero *Sultán* pordioseaba de incógnito, nadie sabía que aquel perro tenía por vivienda casi un palacio, que se hombreaba con heroicas armaduras de acero, que á veces ladraba á las abadesas y á los almirantes de la familia, y que hasta en alguna ocasión, aunque muy pocas, y en instantes de supremo apuro, había profanado los blasonados muebles de la noble estancia.

Así continuó el paseo de Carmen y de *Sultán*; pero llegó un momento crítico y que pudo ser trágico para el perro.

Desembocó en la calle en que pordioseaban un carro siniestro, lleno de perros callejeros, unos resignados con su suerte, otros ladrando con desesperación, y alrededor del carro, como alrededor de las carretas que llevaban cargamento de nobles á la guillotina, venían los llamados *laceros*, seres feroces para la raza canina, y antipáticos para la raza humana, que por ley misteriosa, con la raza canina simpatiza desde los tiempos más remotos.

Sultán, sin pensar en el peligro, al ver encarcelados á sus compañeros y conducidos acaso á la muerte, sintió sin duda en sí el caballeresco espíritu de Don Quijote, y empezó á ladrar, y aun quiso acometer á los crueles sayones.

Sultán, cuando se trataba de realizar una acción noble, ni en el peligro reparaba, ni le asustaba la muerte; por algo era perro, y por algo su amo llevaba un nombre ilustre.

En cambio, Carmen comprendió que si cogían á *Sultán*, *Sultán* estaba perdido, y quiso llevarselo; pero no pudo, que él era fuerte y era débil la niña.

Ladraba *Sultán* con valerosos ladridos, y lloraba la niña lágrimas verdaderas, tirando del imprudente animal por las orejas y por el rabo.

Todo inútil: ¿qué fuerza humana puede contener á un héroe, cuando el honor y la gloria le solicitan?

Sucedió lo que no podía menos de suceder: que los *laceros* se fijaron en *Sultán* y que quisieron apresarle.

El perro se defendió como pudo, la niña le defendió con llanto desesperado; pero ¡ay!, que cuando los sarracenos son muchos y los buenos pocos, sucede lo que canta el refrán.

Al fin de una lucha desesperada, los perreros cogieron al pobre animal, y ya iban á meterlo en el carro, cuando la niña, dando gritos y pidiendo auxilio, se puso delante, y la caballería que del carro tiraba, espantada con los gritos y la barandina, arrancó de repente y echó por tierra á la niña.

La gente empezó á gritar; la niña gritó aún más fuerte; los laceros, asustados al ver á la niña en tierra y entre las patas de la bestia, abandonaron un animal por otro, es decir, dejaron escapar á *Sultán* para contener al macho; que aunque no lo hemos dicho, por falta de oportunidad, macho era el que tiraba del carro.

Sultán, aprovechando la feliz coyuntura, salió corriendo, y la gente, entretanto, sacó á la niña, que por dicha inesperada resultó ilesa y que rompió á reír al ver libre y gallardo en la lejana esquina á su noble amigo y compañero.

Los laceros, perdida la esperanza, siguieron con su carro, y Carmen se fué corriendo á buscar á *Sultán*, que con ademán despreciativo se vengaba, en el esquinazo, de las injurias de sus perseguidores.

Jamás derrota de malos hombres fué escarificada con mayor desprecio. La inocente esquina lo pagó sudando afrenta.

La niña había compartido su desayuno con *Sultán*.

Sultán había ayudado eficazmente á Carmen en sus faenas de pordiosera infantil.

Ella había salvado al perro exponiendo su vida.

Los lazos del beneficio y la gratitud iban siendo cada vez más apretados entre aquellos dos seres.

Esto es consolador.

Pero ¿qué sucedía entretanto en las respectivas moradas de uno y otro?

Dejémosles vagar libre y alegremente á *Sultán* y á Carmen por las calles, y volvamos la vista á la mísera casa de vecindad y á la fronteriza casa aristocrática.

En ésta el señor rugía furioso por uno y otro salón, pidiendo á cuadros y armaduras, á reposteros y escudos, sin contar criados y criadas, cuentas de su perro, que pasaban horas y horas y no parecía.

Decididamente *Sultán* se había perdido. ¡Ah! ¡los villanos que le habían dejado escapar!

Toda la servidumbre salió presurosa á buscar al perro por calles y plazas, y el señor se vistió de prisa y salió en coche á dar cuenta del suceso al Alcalde, al Gobernador, y, á ser preciso, al Ministro de la Gobernación.

En un país bien ordenado, un perro como *Sultán* no se pierde impunemente. Era seguro que dentro de breves horas todo un ejército administrativo se pondría en movimiento para buscar á *Sultán*.

En la casa de enfrente, la vieja de la guardilla se levantó como pudo, bajó á la calle y recorrió dos ó tres más; pero le faltaron las fuerzas, cayó sin sentido, y al fin se la llevaron, y Dios sabe lo que fué de ella.

Acaso en la estadística constase que una vieja desconocida había muerto en cualquier casa de socorro ó en el hospital.

Esto se ignora, porque, en rigor, la Administración no puede ocuparse en todo.

Las horas fueron cayendo unas tras otras, como gruesas gotas del tiempo, en el seno de las tinieblas nocturnas. Lo cual, traducido al lenguaje vulgar, quiere decir que llegó la noche.

Ya bastante tarde, la niña y el perro resolvieron volver; mejor dicho, Carmen fué quien lo decidió, y el perro la fué siguiendo, aunque de mala gana. Sospechaba con fundamento que la niña le iba á llevar á su casa nobilísima, que era noble prisión para *Sultán*, y como prisión aborrecible.

Y así, la distancia entre Carmen y *Sultán* se iba alargando; y cuando la niña llegó á la puerta de su casa, no vió á *Sultán*. El noble perro, con instinto caballeresco, había dado la vuelta en busca de nuevas aventuras.

Eran ya las once de la noche.

Una noche de invierno muy fría. De nieve y de viento; de las que congelan la sangre, muerden con menudos diente-cillos en el pulmón, y se ciñen á la frente como corona de hielo.

Mala noche para los niños y mala para los pobres.

Carmen llegó á la puerta de su casa. La puerta estaba cerrada y no la esperaba su abuela como otras veces.

Se sentó en el escalón de piedra de la entrada; se acurrucó cuanto pudo; se envolvió en su mantoncillo agujereado, y esperó, esperó á ver si venía su abuela; pero su abuela no podía venir: ni

la Administración pública había dado con ella aún, ni sabía que Carmen la esperaba muerta de frío.

Soplaba el viento, y la nieve caía sobre el enredado cabello de la niña, cuajándolo de blanquísimos cristales; caía sobre su harapiiento mantoncillo, envolviéndola en armiño, que se iba derriendiendo y penetrando por la trama casi tan aprisa como por los agujeros, hasta el cuerpo apenas tibio de la pobre criatura.

Ya toda ella era blanca, una escultura chiquitita de niña, labrada con líneas indecisas en un bloque de nieve endurecida.

Blanca era por dentro el alma de Carmen. Blanco era por fuera su débil cuerpo; pero de aquellas dos blancuras, dentro de poco sólo podría

que no se rinda, y *Sultán* empezó á pensar en la soberbia chimenea de su casa señorial, que en aquel mismo momento estaría convertida en ascua de fuego, cuyos rayos sacarían rayos de luz y acerados reflejos en las gloriosas armaduras del salón.

Los instintos aristocráticos de *Sultán* despertaron de pronto, y con la energía propia de su carácter, dió media vuelta, dejó caer las orejas para que no almacenasen mucha nieve; por la misma causa dejó caer el rabo, y con precipitado trote dió la vuelta aquel hijo pródigo hacia la casa paterna de su amo.

Llegó ante el portalón y lo encontró cerrado; levantó la vista hacia el escudo de piedra, como pidiéndole cuentas por aquel descuido, y lo encontró adornado con preciosas líneas de nieve; después olfateó todo alrededor.

Su olfato era sutilísimo; olfateó á la niña y se fué hacia ella.

¡Con qué dulces gruñidos la llamó! ¡Con qué lengua tan caliente y tan jugosa la lamió la cara y las manitas! ¡Cómo se echó sobre ella para prestarle el calor y la vida de su robusto cuerpo! Y cuando al cabo de un rato observó



gozar la muerte: la muerte tiene predilección por el color blanco; díganlo los sudarios.

Carmen al pronto sintió mucho frío; luego sintió sueño; luego no sintió nada.

A todo esto, *Sultán* vagaba orgulloso por las calles; era libre, era el señor de la noche y el trozador de la nieve.

Pero bajó una buena nevada, no hay corazón

que la niña no le contestaba y que estaba en peligro de muerte, porque los perros comprenden todo esto, ¡qué ladridos tan desesperados, qué aullidos tan lastimeros!

En el caserón de enfrente su amo no dormía; estaba en vela pensando en *Sultán*, y una parte de la servidumbre estaba en vela también por si el perro volvía.

Bien pronto oyeron los ladridos, y el amo saltó de la cama, se puso un abrigo y salió á la escalera dando órdenes entre gozosas y airadas.

Se precipitaron los criados hacia el portalón, lo abrieron, y enfrente estaba el perro cada vez más desesperado.

Cuando metieron el perro en casa fué preciso llevar también á la niña que estaba medio helada, pues ni la caridad consiente otra cosa ni *Sultán* lo hubiera consentido.

Carmen había salvado la vida á *Sultán* librándole de los brutales instintos de los laceros.

Sultán había salvado la vida á Carmen librán-

dole de los traidores é hipócritas besos del frío, que hacen dormir y matan durmiendo.

El noble amo de *Sultán* sintió profunda gratitud hacia la niña, porque de la historia de los laceros se supo al fin. La Administración pública todo lo sabe.

Y en adelante tuvo el noble señor dos hijos en su palacio, aunque de diferente sexo.

Sultán, el hijo mayor y el heredero.

Carmen, la princesita.

Esta heredó toda la fortuna del noble aristócrata, con la precisa obligación de cuidar de la vejez venerable de *Sultán* y no dejarle escapar nunca.

JOSÉ ECHEGARAY.



LA VISITA Á LA ABUELITA.

Cuadro de Texidor y Torres.



REMINISCENCIAS.

Et nunc erudimini.

Un joven erudito
Que de ser escritor siente el prurito,
Me manifiesta en carta su deseo,
Y como yo la creo
Muy digna de pasar de gente en gente
Me permito copiarla textualmente.

«Muy señor mío y compañero en arte:
Lamento molestarte,
Mas es el trance en que me encuentro rudo;
En vista de lo cual *yo te saludo*
Y *extático ante ti me atrevo á hablarte* (1).

Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros (2),
Tiene por doble objeto
Un secreto del alma confiaros
Y un consejo pedirnos en secreto.
A mí me tira el arte. Yo he soñado
Desde mi tierna infancia
Con vivir en la corte desahogado
Con la pingüe ganancia

Del plectro sabiamente meneado (3);
Que eso de que escasean las pesetas
Lo tengo por mentira:
Voces que hacen correr cuatro poetas
Que en invierno se embozan con la lira (4).
De clase humilde y condición obscura,
No tengo oficio, posición ni nada,
Y estoy en rentas á la misma altura
Que *el cura del Pilar de la Horadada* (5).

Aquí, en Vitigudino,
Paso noches y días
Leyendo y estudiando de continuo
Tomos de poesías
Sobre una mesa de pintado pino (6),

Fumando, ¡ay triste!, mientras voy leyendo,
Colillas que *apurar, cielos, pretendo* (7).
Juzgar podéis por lo que llevo escrito
Si soy ó no erudito

Y si puedo escribir perfectamente.
¿Pensáis que no está bien que yo lo diga?
¿No ha de haber un espíritu valiente? (8).

¡Ay, cuánto de fatiga!
¡Ay, cuánto de dolor está presente! (9).

Yo necesito levantar el vuelo;
Adoro á una mujer joven y bella,
Hija de un perfumista de Pozuelo:
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella (10).

Aparte del aroma,
La niña es *luz de donde el sol la toma* (11).
Tiene el cabello rojo cual la grana
Y es natural de Cangas de Tineo;
Pero á mí me resulta tan barbiana
Que la juzgo y la creo

Digna de ser morena y sevillana (12).
Flérida, para mí dulce y sabrosa (13),
Aspira á ser mi esposa,

Y yo anhelo también ser su marido:
Mas ve lejano el lazo apetecido,
Y llora la cuitada.

Yo la digo: *¡Mujer, lloras por nada!* (14)
Por ver si se consueta,

Háblole yo del porvenir cercano
Que me espera en Madrid y que ella anhela,
Y entonces grita: *Acude, corre, vuela,*
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano! (15)

Y en cuanto esto me dice,
¡Ay misero de mí! ¡Ay infelice! (16),

(1) Espronceda.
(2) Campoamor.
(3) Fr. Luis de León.
(4) Becker.

(5) Campoamor.
(6) Espronceda.
(7) Calderón.
(8) Quevedo.

(9) Fr. Luis de León.
(10) Espronceda.
(11) Zorrilla.
(12) Campoamor.

(13) Garcilaso.
(14) Nuñez de Arce.
(15) Fray Luis de León.
(16) Calderón.

Salgo á buscar, con ímpetu salvaje,
Dinero para el viaje
Y hasta suelo empeñar la cazadora,
Que tanto puede una mujer que llora (1).
¡Oh, basta! ¡Basta ya de tal suplicio! (2)
Yo quiero ser poeta en ejercicio,
Corro á Madrid porque Madrid me atrae,
Y no me importa nada
Que el vulgo me pregunte á mi llegada:
¿Quién es? ¿Dó va? ¿Qué busca? ¿Quién le trae? (3)
Mis sueños y mis ansias se acrecientan,
Mis estudios poéticos me alientan:
La vida de la corte me enamora,
Y estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora,
Campos de soledad... (4) ya me revientan!!
Ya sé que soy vehemente,
Ya sé que son viciosos los extremos
Y las ventajas del *festina lente* (5),
Mas prefiero, en los tiempos que corremos,
El *Veni, vidi, vici* (6) por lo urgente.
Aquí, estas gentes, á mi anhelo sordas,
Me hicieron impaciente y obstinado.
Chassez le naturel... ¡Buenas y gordas!
Il revient au galop (7) el condenado!
Aquí vivo en un potro,
Y mas no sufro mis dolores fieros,
To be or not to be (8) que dijo el otro,
¡Á vencer ó á morir los caballeros! (9)

¡Sus! ¡Manos á la obra!
Allá voy *donde va lo que zozobra* (10).
Las puertas de Madrid están abiertas,
Y allí no se le dice á todo vate
Al llegar á sus puertas:
Lasciate ogni speranza voi ch'entrate (11)
¡Sus! ¡Allá va la nave! (12) Y si me hundo
En la sirtre ó perezco en la refriegga
Con mi destino impío...
Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo? (13)
El globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío... (14)
A lo cual contesté:
Muy señor mío,
Al par que dulce compañero en arte:
Allá va la respuesta que te envió
Y me obligan á darte
El deber de una parte
Y de otra el corazón y el albedrío (15).
Ya veo que has leído mucho y bueno;
Que tienes gran cultura
Y has llegado á lograr con la lectura,
Facilidad... para copiar lo ajeno.
Te falta solamente
Saber ser escritor y no escribiente,
Y mientras averigües la manera...
¡Paciencia y barajar! (16) *¡Ora y espera!* (17).



CARLOS LUIS DE CUENCA.

(1) Lope de Vega.
(2) Zorrilla.
(3) Zorrilla.
(4) Caro—Rioja.
(5) Octavio Augusto.

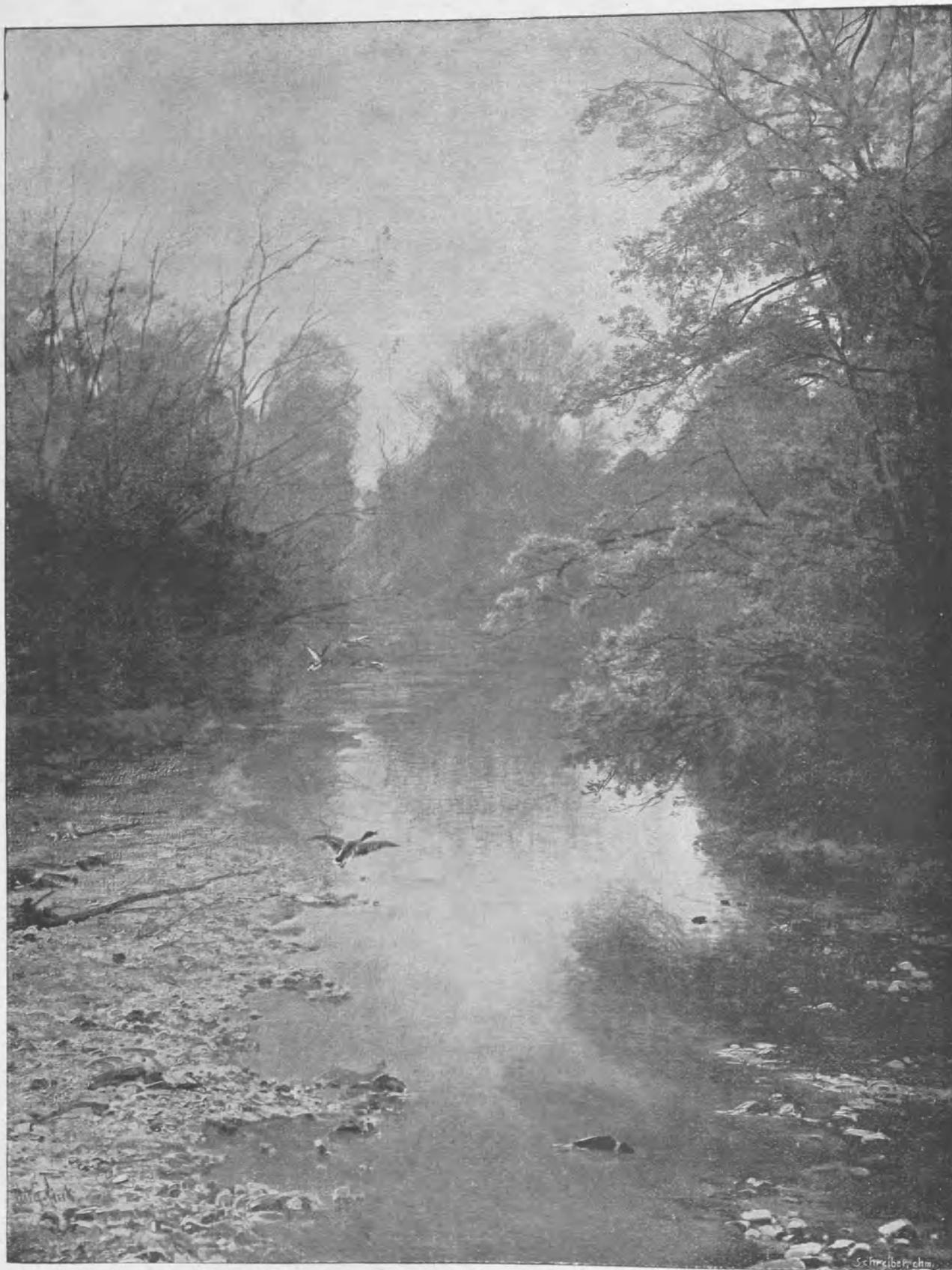
(6) Julio César.
(7) La Fontaine.
(8) Sakespeare.
(9) Marcos Zapata.

(10) Leopoldo Cano.
(11) Dante.
(12) Espronceda.
(13) Espronceda.

(14) Quintana.
(15) Ferrari.
(16) Cervantes.
(17) Núñez de Arca.



COLEGIALAS.—Cuadro de Kaemmerer.



PAISAJE.
Por A. Fink,

Schreibetisch